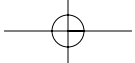
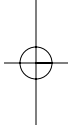
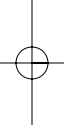


BAJO SU SOMBRA





BAJO SU SOMBRA

UN LIBRO INSPIRADOR PARA CRISTIANOS
QUE VIVEN CON VIH/SIDA

DE JOAN YORBA-GRAY

He Intends Victory, PO Box 399, Irvine, CA 92650
1-800-HIV-HOPE
www.heintendsvictory.com

Village Books Publishing, Irvine, CA

Plan de portada: Richard Tinker

Contenido: Richard Tinker

Ilustraciones: Glen F. Gray

Traducción: Galen B. Yorba-Gray

Editores: Judy Odell y Carol Skinner

Cuarta edición (la primera en español), 2008

Las citas bíblicas son de la *Nueva Versión Internacional*, 1999
Todas las citas bíblicas son de la *Santa Biblia, Nueva Versión Internacional, Editorial Vida*, 1999, a menos que se indique otra versión.

Copyright 2008 He Intends Victory

He Intends Victory, PO Box 399, Irvine, CA 92650
1-800-HIV-HOPE
www.heintendsvictory.com

DERECHOS RESERVADOS

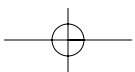
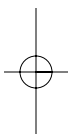
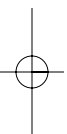
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra en cualquier formato sin la debida autorización por escrito de los editores.

RECONOCIMIENTOS

Aprecio y reconozco la obra de HE INTENDS VICTORY (Cristo nos ofrece victoria) por la manera en que este ministerio ha extendido el amor de Cristo abrazando a las personas que viven con VIH/SIDA.

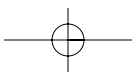
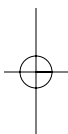
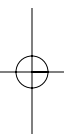
También agradezco a mi difunto amigo Donald Baldwin y a su querida esposa, Judy; a Denny and Alison Weinberg de la Fundación Weinberg, quienes hicieron posible esta edición; y a mi amada familia que me ha apoyado en épocas de enfermedad y salud.

Quisiera reconocer además la labor de amor de Richard Tinker, quien hizo el diseño del libro, y a los demás miembros de mi querida familia Tinker: Colleen, Roy y Natanael.



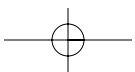
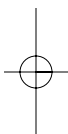
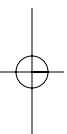
DEDICACIÓN

Dedico este libro a mis dos hijos, Daniel y Sevanne, quienes me dieron una razón para vivir cuando yo quería darme por vencida; y a mi esposo Galeno, cuyo amor para conmigo es más fuerte que el virus. También se lo dedico a Paul Allen, cuyas palabras “dichas a tiempo,” eran como “naranjas de oro con incrustaciones de plata” (Proverbios 25:11).



ÍNDICE

	Prefacio	11
	Introducción	17
1.	Salmo 91	27
2.	El maremoto	35
3.	Enojada con Dios	41
4.	Tribulación triple	47
5.	Triunfando sobre las preocupaciones	53
6.	La red mundial	59
7.	Salmo 119 y la aflicción	63
8.	Perdonar de nuevo: Salmo 55	71
9.	Una historia de amor	79
10.	Mi regalo	87
11.	Vergüenza	91
12.	El síndrome de Lázaro	95
13.	La tentación de suicidarse	101
14.	¿Por qué yo?	107
15.	Posdata	111



PREFACIO

“Señor, ¿por qué pusiste a esta mujer en mi camino cuando resulta imposible casarme con ella?” Éste fue mi grito de frustración después de haber conocido a Joanie (le digo “Juanita” cuando hablamos español) por unos seis meses, sólo para descubrir que ella era VIH positiva, y que yo estaba secretamente enamorado de ella. Mi reacción sólo hizo las cosas más difíciles: colgué su retrato en la tabla de corcho de mi despacho para recordarle a Dios que no me gustaba nada esta burla celestial. ¿Se trató de un castigo, o de una ironía—acaso de la justicia poética por motivo de algún pecado? No entendía por qué Dios me privaría de algo bueno. En ese momento no me sentí precisamente como María en la película “The Sound of Music” (El sonido de la música) donde ella canta que debía de haber hecho algo bueno en su juventud para merecer el amor de su galán. Me quedé bien confundido.

Yo conocí a Juanita en el otoño de 1989 durante un convivio de la iglesia. Ella era una “viuda del SIDA” y madre de dos niños, y yo, un padre soltero/divorciado de tres. Entre los dos, nuestros cinco hijos e hijas formaron una escalera cronológica perfecta al estilo del “Brady Bunch” (una familia de televisión que se había formado combinando dos familias grandes) — ¡lo cual resultó aun más pavoroso que el hecho de que Juanita tuviera el virus!

Apenas entramos en la década de los noventa, y no había mucha información sobre cómo protegerse de este virus recién identificado. Así que, a pesar de una atracción mutua casi secreta, nos vimos obligados a posponer una relación romántica indefinidamente. Sin embargo, nos hicimos grandes amigos ya que compartíamos muchas metas, valores y áreas de interés. Mirando atrás, reconocemos que este tiempo de espera fue por nuestro bien porque necesitábamos tiempo para llorar y sanarnos de nuestras heridas: ella, de la dolorosa pérdida de su esposo debido al SIDA, seguida por su propio diagnóstico de infección del VIH; yo, de un divorcio devastador que había fracturado familia, ministerio, carrera, y auto estima. A la larga, mucha oración, sanidad, y los consejos sabios de un buen pastor (¡quien era también un magnífico casamentero!) nos darían una nueva perspectiva de esperanza sobre nuestra vida compartida que habría de venir. Yo salía a veces con otras mujeres tratando de llenar el vacío emocional,

pero siempre resultaba artificial. En cambio, cuando empecé a salir con Juanita me di cuenta de cuanto la amaba de verdad, y que en realidad ella era mi alma gemela. Por fin, se me prendió el foco y propuse informarme a fondo sobre toda la cuestión del VIH.

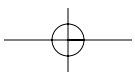
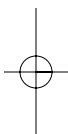
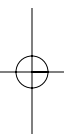
Finalmente llegué a un punto decisivo y tuve que clarificar cuáles eran los riesgos de infección, y qué era el “sexo seguro.” Además, tenía que pensar en los demás asuntos como el juntar a dos familias sin que hubiera una explosión nuclear entre nuestros cinco retozones. Para mí no había remedio, o tenía que proponerle matrimonio, o bien resignarme a una vida donde nunca podría explorar las profundidades del alma generosa de Juanita. Una mañana me di cuenta de que la quería más de lo que le temía al virus, y que si Dios sólo le diera dos años más de vida, yo preferiría compartir esos dos que veinte sin ella.

Mis instintos me guiaban bien. Poco después de conocerla observé que Juanita educaba a sus hijos con valores cristianos cuando en realidad estaba en su “derecho” de andar amarga y ensimismada por las contrariedades que había sufrido. En aquel entonces ella trabajaba como obrera social y consejera hasta la víspera de su entrada al hospital donde se internó debido a graves complicaciones asociadas con el VIH/SIDA. En un mundo de individuos que se aprovechan de la gente y la utilizan, Juanita da libremente de sí misma—no cree que se le deba lástima; al contrario, entiende bien que es una deudora que

tiene el privilegio de compartir el amor de Dios a base de las heridas de su propia vida. Ella es la primera para confesar sus fracasos y luchas hacia la salud emocional y espiritual—no se cree una santa. Muchas lágrimas y mucho trabajo duro han hecho que mantenga la mano abierta y un corazón no contaminado por el cinismo. Además, no ha dejado que su alma se marchite cuando ha tenido que enfrentar las dificultades del perdonar, de vivir con jóvenes rencorosos, o de soportar a gente crítica. Lo mejor es que me ha invitado a amar y a ser amado.

Desde nuestro matrimonio en 1994, hemos experimentado crecimiento en maneras que nunca habríamos imaginado, llevándonos a las profundidades de las angustias de la vida y las cimas deleitosas del amor. Hemos descubierto que Dios no sólo propone la victoria, sino que también declara la Palabra de Cristo en nuestro vacío personal y colectivo. Como Él ha perdonado los errores de nuestro pasado, y sigue redimiendo nuestros reveses, encontramos amparo en el misterio de su amor. Juanita no vive para el virus ni bajo su nube tenebrosa, sino en el refugio de la sombra protectora de Dios. Con “mi Juanita” a mi lado caminamos con confianza hacia un mañana de esperanza—la esperanza del llamado de Cristo de servir con amor que es más grande que todas las pérdidas y contradicciones que nos trae la vida.

Galeno Yorba-Gray





INTRODUCCIÓN

Me crié en California y mi ascendencia incluye inmigrantes españoles que llegaron a California con algunos exploradores en el siglo dieciocho, así como otros antepasados de raza francesa, holandesa y alemana. Mi familia era católica y asistíamos a la iglesia habitualmente hasta que mis padres se divorciaron cuando yo tenía 14 años. De niña amaba a Dios y conocía las historias de la Biblia y los santos, las cuales yo quería mucho. Sin embargo, después del divorcio me convertí en una joven deprimida y alienada y rechacé mi fe. No obstante, cuando contemplo mi vida pasada, me doy cuenta de que Dios estaba nutriendo las semillas que habían sido plantadas aun en medio de mi rebeldía.

Conocí a mi primer esposo, Ray, en la universidad y me sentí atraída hacia su espíritu juguetón y divertido. Él era mayor que yo; se había graduado de la escuela secundaria y había trabajado por varios años antes de volver a la vida universitaria. Yo apre-

ciaba su confianza y capacidad, y como yo nunca había vivido sola antes, me impresionó que él supiera arreglárselas por su cuenta. Compartíamos muchas metas e intereses y nos casamos en 1976. En muchas maneras las cosas iban bien en nuestro matrimonio, pero de vez en cuando él se mostraba inquieto, deprimido y descontento. Buscamos ayuda profesional pero él parecía volverse cada vez más sombrío e infeliz. Mientras tanto, nos nacieron dos magníficos niños: un maravilloso hijo, Daniel, nacido en 1980; y una hermosa hija, Sevanne, nacida en 1982, y lo pasábamos muy bien en nuestra vida familiar. Yo creía que todos los matrimonios pasan por sus altibajos y que lo que sufríamos eran las contrariedades normales de la vida conyugal.

Durante la época cuando tenía unos cuarenta años (más o menos 1986), Ray empezó a alejarse y ponerse más distante e incommunicativo. Seguía deprimido y pensé que estaba sufriendo una crisis de media vida. Él todavía disfrutaba de su trabajo, nuestra familia y una vida hogareña más o menos satisfactoria, pero había una brecha cada vez más grande entre nosotros. Cinco años antes yo había regresado a la iglesia y le había entregado mi vida nuevamente a Jesús. Noté un crecimiento espiritual que iba cobrando fuerzas en mi vida, lo cual sin embargo parecía producir una rendija aun más grande entre Ray y yo. Él veía mi fe y confianza en Dios como una amenaza. Quería que yo dejase de frecuentar la iglesia a la que asistía, pero yo no podía

renunciar a mi relación con el Señor. Más adelante descubrí que Ray había justificado sus acciones a base de la idea de que como yo lo había traicionado haciéndome una cristiana fiel, que él estaba en su derecho de traicionarme con su infidelidad sexual. La mente humana es muy capaz de prestarse al autoengaño en cuanto a lo que uno hace.

Ray no tenía la costumbre a llevar una vida de la parranda, de manera que yo no creía que estuviera involucrado en aventuras sexuales. El hecho es que era un hombre al que le gustaba quedarse en casa. Hacía uno que otro viaje relacionado con su trabajo pero cuando no estaba viajando estaba en casa. Los fines de semana montaba en bicicleta para ejercicio, trabajaba en el jardín y participaba en los muchos eventos sociales de nuestra familia hispana. Me tenía perpleja.

En 1987 sufrió un decaimiento de salud con una serie de ataques de amigdalitis, bronquitis e infecciones del sistema respiratorio superior. Un día de febrero, 1988 se enfermó de tal grado que apenas podía respirar y no podía caminar cinco pasos sin parar para descansar. Se internó en el hospital esa misma noche. Después de muchos estudios y varios días en el hospital, recibimos el golpe contundente, un diagnóstico de pulmonía neumocistis carinii, la cual se asociaba con el SIDA. ¡Tenía SIDA!

Recuerdo que cuando oí la diagnosis sentí como si un martillo me hubiera pegado. Estaba en shock, herida y furiosa. En ese momento me di cuenta de

que Ray me había traicionado, y los pedazos del rompecabezas empezaron a encajarse en su sitio. Su distanciamiento, la barrera entre nosotros y su crisis de media vida—todo esto señalaba su infidelidad sexual, a la que finalmente confesó. Había estado viviendo una mentira. Regresé del hospital esa noche preparada para dejarlo.

Ya en casa y en la cama me sentía aterrorizada. Ray nos había traicionado; yo tendría que salir. Yo estaba devastada y nuestra familia desgarrada. La vida de nuestros niños estaba destrozada, y yo—probablemente infectada—padecería el síndrome del SIDA también. Nunca en mi vida había estado tan aterrorizada.

A medida que luchaba con el oleaje de emociones abrumadoras, el teléfono sonó. Era Ray. Él también estaba despavorido y se daba cuenta de que se le acercaba la muerte. Le dije que esperaba que hiciera su paz con Dios en caso de que muriera de esta enfermedad mortífera. Me explicó que estaba muy arrepentido por su traición de nuestro matrimonio y que quería poner las cosas a derechas. Él quería cambiar y entregarse a Dios. Le guí en una oración para que aceptara a Cristo como su salvador arrepintiéndose de sus pecados y entregándose a un cambio total de vida. Esa noche hablamos mucho acerca de su infidelidad y me aseguró que estaba firmemente dispuesto a cambiar. Para mí esta experiencia era similar a la historia de Jonás y los ninivitas. Jonás quería que Dios los juzgara en seguida y

los mandara pulverizados al reino venidero, pero Dios tenía otro plan. Por un lado Jonás quería obedecer al Señor, pero por otro lado quería ver caer la ira de Dios sobre los pecadores. Yo sentía poderosos sentimientos contradictorios a la vez—rabia y odio—combinados con gozo al presenciar el aparente cambio de corazón de Ray.

A base de su arrepentimiento me llegó una renovación de esperanza por nuestro matrimonio, ya que mi experiencia de conocer a Cristo me había cambiado para siempre. Desgraciadamente eso no fue el caso con Ray.

Después de esa noche él no quiso abrirse más. Resultó como una puerta que se había abierto un poco sólo para cerrarse luego de golpe. En realidad nunca me contó la verdad acerca de sus aventuras sexuales y tampoco hizo algún esfuerzo para reparar el daño que nos había hecho a mí y a los niños. No puedo juzgar su corazón. No sé si se arrepintió pero estaba demasiado avergonzado de su comportamiento, o demasiado orgulloso para someterse a Dios, o si quizás sólo hizo el papel para que yo no lo dejara. Sólo Dios conoce el corazón de verdad. Sea como fuera, Ray seguía cerrado y distante conmigo y con los niños. Empezó a sufrir de la demencia asociada con el SIDA, lo que también entorpeció su capacidad de razonar, y destruyó cualquier oportunidad para una comunicación sana y abierta. Como resultado nuestro matrimonio quedó irremediablemente roto. Sin embargo, decidí quedarme con él y

vivimos como compañeros de casa y no como marido y mujer. Una razón por la que no lo dejé fue porque él estaba agonizando y no me parecía correcto dejarlo cuando él ya estaba cosechando las consecuencias de su conducto. Sabía que él necesitaba que yo le cuidara y además yo creía que era mi deber. También me parecía una injusticia exponer a la familia al trastorno de un divorcio cuando sabía que él se moría. El perder a su padre dos veces me parecía demasiado difícil para los niños. Ya habían sufrido bastante dolor-- ¿para qué agregarles más?

En el otoño de 1988, por fin encontré la valentía para hacerme una prueba de VIH y los resultados demostraron que yo tenía el virus. De nuevo sufrí muchas noches sin dormir y profundamente asustada. ¿Cómo podía mantener orden en mi vida—cuidar a Ray, trabajar, cuidar a mis hijos, y al mismo tiempo no perder mi salud? Me parecía imposible. Temía que mis hijos terminaran huérfanos. Sentía tanta aflicción y dolor por el trauma que había entrado en sus inocentes vidas. Luchaba con mi mortalidad. ¿Cuánto tiempo tendría? En aquellos días no existían los inhibidores de proteasa y otras medicinas antiretrovirales, y por lo tanto un diagnóstico de infección con el VIH era una sentencia de muerte.

Ese fue un período de mucha soledad en mi vida. Ray estaba enfocado en sí mismo, y los miembros de nuestra familia extendida habían sufrido un golpe

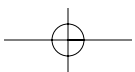
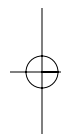
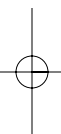
muy duro y por lo tanto se quedaban distantes. Encima de todo yo no podía comentarle mis penas a casi nadie debido al estigma y la vergüenza asociada con el VIH/SIDA. Yo era una mujer cristiana, casada, heterosexual que no usaba drogas. No había mucha gente VIH+ igual que yo en esos días. Muchas personas que estaban enteradas de nuestro secreto estaban reacias de venir a nuestra casa a causa de su miedo del SIDA, el sufrimiento y la muerte.

Muchas veces el Señor se encontró conmigo durante esas tenebrosas noches solitarias. Él me reconfortaba y me amaba a través de todo. Me daba fuerza y valentía. Recuerdo una noche en particular en la que me encontraba ansiosa y perturbada, orando fervientemente por un rescate. De repente me abrigó una sensación de calor reconfortante como una cobija cubriéndome desde mi cabeza hasta mis pies. Esta cobija espiritual del Señor me trajo un sosiego que me quitó todo temor y ansiedad. Recuerdo descansar en la sensación del calor, tranquilidad, y paz con la que el Señor había cubierto físicamente mi cuerpo y espíritu torturado. ¡Qué sentimiento más maravilloso! Nunca en mi vida había experimentado algo semejante.

De alguna manera, el Señor me dio fuerzas para continuar a través de todo el estrés y el trabajo de cuidar a Ray mientras él se iba haciendo cada vez más débil. Yo trabajaba, cuidaba a los niños y me hacía cargo de la casa. Creo que Dios nos da las fuerzas necesarias cuando las necesitamos. Como

resultado de su enfermedad Ray falleció en agosto de 1989. Mi esperanza es que se haya ido para estar con el Señor.

Aunque esos fueron años muy difíciles, y mi vida sigue siendo ardua, Dios se ha quedado muy cerca de mí a través de todo y me ha enseñado algunas lecciones muy valiosas. Estas lecciones se verán en los capítulos siguientes, las cuales he escrito para compartir mi esperanza con los demás. Hay bastante más en esta historia, incluso un nuevo esposo maravilloso y un asombroso milagro del Señor cuando me arrancó del umbral de la muerte. Él ha sido muy bueno conmigo. Mi Luz guiadora nunca me ha fallado. Mientras viva mi lema será, “No he de morir; he de vivir para proclamar las maravillas del SEÑOR” (Salmo 118:17).





SALMO 91

Salmo 91 es un hermoso salmo de protección y seguridad en medio de temor y amenaza. También ha sido un salmo que ha suplido un consuelo especial a las personas que tienen el VIH. En una reunión de nuestro grupo de apoyo de He Intends Victory, varios miembros hablaban de capítulos de la Biblia que contienen un significado especial mientras enfrentamos las preocupaciones y temores de vivir con VIH. Nos sorprendió descubrir que este salmo tenía un significado personal para muchos de nosotros y que independientemente habíamos llegado a apreciar estos versos mientras luchábamos con esta enfermedad.

Aquí echaremos una mirada a fondo al salmo 91 para explorar su valor particular para el individuo que vive con la diagnosis de VIH+.

El salmo empieza así: “El que habita del altísimo se acoge a la sombra del Todopoderoso.” Comienza

con un mensaje de seguridad y de que Dios nos cuida. Comunica la protección especial que Dios ofrece a los que lo buscan. Una persona diagnosticada con VIH se siente extremadamente vulnerable a varias enfermedades, el rechazo de la sociedad y la muerte. Con tantos temores y retos, necesitamos encontrar un lugar de amparo. Como el mismo salmista, cuando nos percatamos de que podemos decir, “Yo le digo al SEÑOR: «Tú eres mi refugio, mi fortaleza, el Dios en quien confío.» (Versículo 2), entonces hemos regresado a nuestro hogar espiritual, un lugar seguro y sosegado en medio de la tormenta. Es fácil entender como la gente VIH+ que no tiene confianza en el Señor se pone temerosa y llena de pánico frente al horripilante amenaza que el virus lleva a sus vidas. Mucha gente sigue buscando consuelo espiritual en una variedad de fuentes. Aquellos que encuentran a Jesucristo son los afortunados porque tienen ese consuelo especial. Hay una oportunidad amplia de ministrar a esas personas que se encuentran en busca de algo, pero que todavía no han encontrado el consuelo que les hace falta.

Más adelante en el salmo 91 el autor escribe, “Sólo él puede librarte de las trampas del cazador y de mortíferas plagas,” (V. 3). Cualquiera que esté infectado con VIH bien sabe cuál es la naturaleza de esa plaga mortífera. Apenas diagnosticada VIH+ en 1988, me topé con el salmo 91, y me di cuenta de que Dios entendía esa pavorosa enfermedad. Él

sabía de ella aun siglos antes de que existiera. Hay un gran sentido de seguridad en el hecho de que nada le sorprenda a Dios.

Por supuesto, estas observaciones provocan la pregunta de cómo debemos interpretar el versículo que dice que Él nos salvará de la peste mortífera. En el principio de mi historia personal con el VIH, entendí ese versículo—quizás algo ingenuamente—como la promesa de una cura, un milagro; que yo acabaría curada del virus. Pero al pasar el tiempo sin verse realizada una cura, me doy cuenta de que no es tan simple como una vez yo había esperado. Empecé a entender que aparte del VIH tenía por dentro muchas cosas dañinas para mi bienestar espiritual, de las cuales me hacía falta el toque sanador del Señor. Por ejemplo, guardaba mucho rencor y egoísmo en mi corazón—cosas tal vez peores que el VIH, o al menos muy dañinas. Es más, creo que Dios lleva a cabo un proceso sanador con todos sus hijos. Sin embargo, no podía manejar muy bien esos detalles al principio. Para mí, convenía creer que algún día me sanaría, y así me aferraba a la esperanza. Pero todavía necesito esperanza y no voy a dejarla escapar. Todavía podrá haber una cura, y cuando se descubra tal cura, quiero estar aquí para aprovecharla.

Pese a que no haya sido sanada de la enfermedad todavía, Dios ha obrado milagros en mi vida. En la primavera de 1998 sufrí un ataque grave de pancreatitis, acompañado con sepsis y un paro cardíaco.

Cualquiera de estas tres condiciones podía haberme matado. Cuando me enfrenté con la realidad de que había sobrevivido tres condiciones virtualmente fatales, y con la realidad de que mucha gente había intercedido ante Dios por mí, me di perfecta y cabal cuenta de que de veras yo había sido el recipiente de la milagrosa intervención de Dios. Mi condición médica se había deteriorado a tal grado que mi resucitación no pudo haber sido el resultado del azar. Así que tengo la certeza de que aunque todavía no he sido “curada” de VIH, he experimentado el milagro de la vida, y eso me demuestra que Dios a su manera nos salva de la plaga mortífera.

Continuando en el salmo, versículo 4 nos presenta un hermoso cuadro de protección y provisión. “Te cubrirá con sus plumas y bajo sus alas hallarás refugio. . . .” Una gallina clueca ampara a sus pollitos dentro de su plumón manteniéndolos seguros de cualquier ataque o peligro. ¡Qué mejor lugar puede haber que no sea dentro del pecho del creador eterno y omnisciente que nos sostiene esmeradamente aun durante las peores épocas de la vida! “El terror de la noche” (V. 5) para mí significa el temor de no conocer a Dios, de no tener un protector y de tener que manejar sola el estrés de vivir con el VIH.

Para nosotros que vivimos con el VIH/SIDA, el versículo 7 forma un cuadro con palabras de nuestra “cuenta viral”—“Podrán caer mil a tu izquierda, y diez mil a tu derecha, pero a ti no te afectará.” El VIH puede matar, pero con Dios no puede

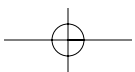
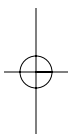
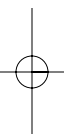
destrozarnos. ¡Tenemos la vida eterna y nada nos la puede arrebatarse! Por lo tanto podemos decir con confianza, “Ya que has puesto al SEÑOR por tu refugio, al Altísimo por tu protección, ningún mal habrá de sobrevenirte, ninguna calamidad llegará a tu hogar” (Vs. 9-10).

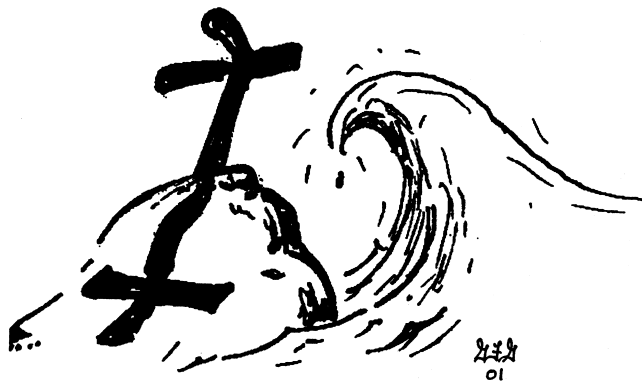
Más adelante en el capítulo encontramos el enunciado transcendental, “Porque él ordenará que sus ángeles te cuiden en todos tus caminos. Con sus propias manos te levantarán para que no tropieces con piedra alguna” (Vs. 11-12). Esta declaración es tan poderosa para demostrar el apoyo de Dios para con su pueblo que Satanás usó este mismo pasaje para tentar a Jesús cuando éste se fue al desierto para orar y ayunar. El Diablo sabía que éstas son palabras poderosas, eficaces para mostrarnos nuestro lugar en el corazón del Señor. ¡Qué palabras más vigorosas para consolar a los que sufren, qué Dios nos mandaría seres divinos a nosotros como individuos para protegernos de peligro!

“Aplastarás al león y a la víbora ¡hollarás fieras y serpientes! (V. 13). Los versículos 12 y 13 nos enseñan que somos verdaderos ganadores y que el poder de Dios es lo más grande de todo. La muerte no nos vencerá.

Los próximos versículos repiten la lealtad, fidelidad y presencia activa de Dios en nuestra vida. Demuestran nuestra dignidad y honor. Luego, el último versículo nos proporciona otra esperanza: “Lo colmaré con muchos años de vida y le haré

gozar de mi salvación.” ¿Esto quiere decir que viviremos por largos años, o solamente que tendremos la vida eterna? ¿Qué importa? Como yo he comprendido muchas veces—en Cristo, lo mejor del bien más que compensa y remedia lo peor del mal que me pueda pasar.





10

MAREMOTO

En el verano de 1989, mi vida y la de mi primer esposo y mis hijos quedó desdichada. Nuestra vida era una vorágine, torciéndonos en un remolino, jalándonos hacia las profundidades. La enfermedad de Ray había progresado al indicio de SIDA con las complicaciones del sarcoma de Kaposi, senilidad, problemas con sus pulmones, muchas infecciones y deterioro físico. Le hacía falta el cuidado de una enfermera durante el día mientras yo trabajaba. Mi suegra se ocupaba de los niños. Por las tardes yo regresaba a casa, cocinaba, cuidaba a los niños y a Ray, hacía los quehaceres y procuraba impedir que el caos nos tragara a todos.

Durante los pocos meses antes de su muerte en agosto de 1989, toda la situación se me hacía cada vez más difícil. Ray y yo nos sentíamos muy emocionalmente separados, y debido a su demencia, apenas podíamos comunicarnos. No había un sis-

tema de apoyo mutuo entre los dos. Yo trabajaba como consejera para adultos y niños en una carrera que producía mucha presión nerviosa. Aun sin las presiones adicionales en casa, esta carrera era bastante exigente. En muchas maneras sentía que estaba cuidando a tres niños en vez de dos ya que Ray se había puesto tan enfermizo. Más tarde cuando él llegó a estar demasiado débil para manejar, a menudo lo llevaba al consultorio para sus citas.

Las noches ahora eran muy difíciles. Por la noche Ray se ponía muy activo. Con frecuencia se despertaba desorientado y salía de la cama para deambular por la casa. Cuando le preguntaba lo que quería, estaba incoherente. En una ocasión me despertó un sonido fuerte y descubrí que se había caído en la escalera. Afortunadamente, no resultó herido. El resultado de todo esto fue que yo no dormía bien despertándome muchas veces durante la noche para averiguar si él estaba bien. Acabé agotada.

Por las noches no teníamos ayuda y las enfermeras sólo venían por un par de horas durante el día. La hermana de Ray lo cuidó un par de veces ese verano para darme un descanso, pero aparte de eso poca gente quería venir a nuestra casa. Parecía que la gente nos esquivaba y que no nos quería ver ni pintados, probablemente por la cantidad de dolor que había por dentro, y por el miedo del VIH que existía en aquel entonces.

A medida que Ray se iba haciéndose más enfermo y desorientado, yo a mi vez, me ponía más

ansiosa, deprimida, asustada y gastada. La falta de sueño empezó a afectarme. Cuando el estrés llegó a su intensidad más fuerte, empecé a sentir que un maremoto tremendo me iba a anegar, ganando poco a poco más fuerza, velocidad y poder, a punto de hundirme. Creía que si me precipitara encima, el maremoto me mataría o yo tendría una crisis nerviosa. Ese maremoto representó el estrés y el agotamiento, y el haber llegado al extremo de mis fuerzas. Se trataba además de la amenaza del mismo virus que estaba matando a Ray; este virus estaba filtrándose en mi cuerpo también. No tenía idea, ni cómo ni cuándo, si yo empezaría a sufrir los síntomas asociados con el VIH, puesto que yo había salido positiva en mi prueba de octubre de 1988. Tenía miedo y me preocupaban mis hijos, mis queridos niños inocentes, y me preguntaba quien los cuidaría en caso de que yo muriera. Al mismo tiempo, anhelaba verlos crecer y madurar como adultos.

El salmista clama con palabras semejantes a los sentimientos que yo experimentaba en aquellos días. Salmo 69 dice así: "Sálvame, Dios mío, que las aguas ya me llegan al cuello. Me estoy hundiendo en una ciénaga profunda, y no tengo dónde apoyar el pie. Estoy en medio de profundas aguas, y me arrastra la corriente. Cansado estoy de pedir ayuda; tengo reseca la garganta. Mis ojos languidecen, esperando la ayuda de mi Dios" (Vs.1-3).

En mis oraciones clamé a Dios con temor y pánico. Le pedí al Señor que me protegiera del golpe del

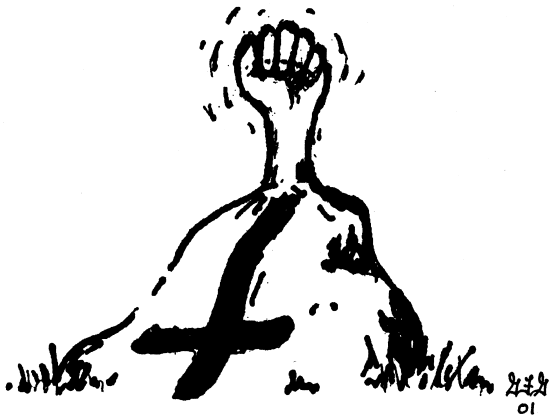
maremoto y que me permitiera mantener mi salud, aun frente al conocimiento de que Ray estaba perdiendo la suya. Aunque había sido profundamente traicionada por su infidelidad hacia nuestra familia, había habido un nexo de historia entre nosotros. Durante esos días luché también con la culpabilidad por querer vivir y no querer seguirlo a la muerte, como lo hacían algunas viudas de la India cuando se arrojaban sobre la pira fúnebre de sus esposos difuntos. Sin embargo, llegó el punto cuando parecía que él iría y yo lo seguiría, o bien, yo me decidiría a quedarme viva y tan saludable como fuera posible. En ese punto yo sí quise vivir y dejarlo partir si eso tenía que ser el rumbo de su enfermedad, pero yo propuse cuidarme lo mejor que podía bajo las circunstancias.

Creo que el Señor intervino con su misericordia y gracia para frenar el golpe del maremoto en ese momento clave.

El salmista escribe, "Sácame del fango; no permitas que me hunda. Líbrame de los que me odian, y de las aguas profundas. No dejes que me arrastre la corriente; no permitas que me trague el abismo, ni que el foso cierre sus fauces sobre mí" (69:14-15). He aprendido que durante las más graves y profundas tragedias de mi vida, cuando yo no he sabido como salir del atranco y me he encontrado en medio de oración ferviente, que el Señor ha intervenido en todos los casos. Puede que no intervenga en el

momento exacto de mi oración, pero sí responde durante un tiempo apropiado.

Mientras seguía orando por rescate del maremoto y los días pasaban, Ray fue internado en el hospital y yo me cité con los trabajadores sociales para planificar su cuidado de hospicio en caso de que fuera necesario. Con ese arreglo, yo todavía podría visitarlo, pero el equipo de residencia del hospicio lo iba a cuidar. Fue un gran alivio disfrutar de la ayuda de los profesionistas del hospital. Pero al fin y al cabo, Ray no fue al hospicio y resultó que su hermana se ofreció para cuidarlo en su casa cuando lo dieran de alta del hospital. Esto no fue aconsejado por los médicos pero él quiso ir con su hermana donde vivió por una semana antes de morir. Yo sabía que el Señor había obrado las cosas según su criterio y que me había rescatado del oleaje de acuerdo con la unicidad de mis circunstancias. Yo podía alabarlo y darle gracias por su intervención a tiempo sabiendo que mucho más estrés me habría llevado al abismo. Ahora podía seguir cuidando a mis hijos. Además, podía preservar mi salud y empezar a poner los pedazos de mi familia en orden de nuevo.



ENOJADA CON DIOS

Dios no tuvo la culpa de que Ray me infectara con el Virus de Inmunodeficiencia Humana. Dios tampoco causó el pecado que condujo a este resultado trágico. Sin embargo, como cristiana yo oraba que Dios me rescatara del trastorno de esta plaga horrible pero no lo hizo. Tenía tanto enojo porque mi vida no iba según mis planes, y encima de todo me parecía que Dios no me estaba ayudando lo suficiente.

Sufría de la ilusión ingenua de que Dios me debía un rescate ya que yo generosamente le había entregado mi vida. Creía que me tocaba algún tipo de recompensa. Quería que Él resolviese todos mis problemas y envolviese mi vida en un paquete bien arregladito. Obviamente, ha habido creyentes desde el principio que han resistido grandes tragedias que Dios en su misterio permite. Pero como creyente inmadura yo esperaba que mágicamente no me

tocara ningún dolor. Hice un viaje mental a las Escrituras para verificar mi deseo de obtener soluciones fáciles y rápidas. Por ejemplo, “Deléitate en el SEÑOR, y él te concederá los deseos de tu corazón” (Salmo 37:4). Ciertamente yo deseaba evitar más sufrimiento. También leí: “Si ustedes creen, recibirán todo lo que pidan en oración” (Mateo 21:22). Yo sabía que creía en Dios y por eso quería recibir lo que pedía en oración. Entonces recordé otro pasaje familiar: “Así que yo les digo: Pidán, y se les dará; busquen, y encontrarán; llamen, y se les abrirá la puerta” (Lucas 11:9). Yo no solamente toqué a la puerta, ¡sino que también le di golpes fuertes!

Para mí éstas eran promesas en las cuales yo podía contar de manera simple y unidimensional. Sin embargo, he llegado a entender que hay muchos aspectos a nuestra caminata por este mundo, y que sí hay respuestas, pero no siempre vienen como yo he esperado. El Señor contesta mis oraciones según sus criterios que estimulan mi crecimiento y desarrollo en vez de los que perpetúan mi inmadurez y egoísmo. No es egoísta orar por liberación del sufrimiento, pero es posible que el Señor permita ese sufrimiento por razones que no siempre entendemos y por nuestro bien donde necesitamos crecer.

De manera que en aquel entonces, como viuda y madre de dos con una pendiente crisis de salud, llegué a estar muy enojada. Lo que yo padecía no me parecía justo para nada. En parte mi enojo era

dirigido hacia Ray, quien me había puesto en la atormentada circunstancia en la cual me encontraba. Pero también tenía cólera hacía Dios que no le correspondía. Estaba enojada con Él porque estaba allí mientras Ray ya no estaba, y porque no parecía que Dios estaba facilitando las cosas. Tanto enojo se me desbordaba por todos lados que necesitaba encontrar una manera de desahogarme si no me iba a reventar.

Al principio me daba miedo tirar un berrinche espiritual con el creador todopoderoso del universo. Me parecía tan presuntuoso. Recordé la historia bíblica de Job y como él cuestionó a Dios. Al final del libro de Job, sin embargo, Dios lo pone en su lugar sin posibilidad de equivocación. “¿Dónde estabas cuando puse las bases de la tierra? ¡Dímelo, si de veras sabes tanto! Seguramente sabes quién estableció sus dimensiones” (Job 38:4-5a). Ciertamente Dios es más grande que nosotros, y hay muchísimo que no entendemos acerca de sus designios divinos. Pero comoquiera que sea, ese conocimiento no impidió que yo quisiera compartir mis heridas con el Señor puesto que hay tantas maneras en las que nos invita a estar cerca de Él con compañerismo e intimidad.

Mientras seguía orando y meditando sobre mi necesidad de compartir estos sentimientos primordiales, me acordé de la relación más íntima que el Señor ha creado, es decir, el matrimonio. Entre dos personas casadas a veces expresamos enojo para

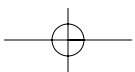
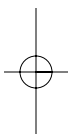
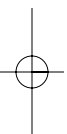
que nuestra pareja sepa que estamos heridos u ofendidos de alguna manera. Me di cuenta de que Cristo había usado la metáfora del matrimonio para describir su relación con la iglesia. En su Carta a los Efesios el autor compara la relación entre Cristo y la iglesia con un matrimonio: “Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella para hacerla santa. Él la purificó, lavándola con agua mediante la palabra” (5:25-26). Pensé que si el matrimonio es un modelo de Cristo y su iglesia, entonces, como miembro de ese cuerpo, soy invitada por Cristo a participar a fondo en esa intimidad. Juan el Bautista también usó la imagen de Cristo y su iglesia como un matrimonio cuando dijo proféticamente, “El que tiene a la novia es el novio” (Juan 3:29). Los cónyuges tienen la relación más íntima que Dios ha diseñado en la creación.

Mientras yo reflexionaba sobre estos versículos de las Sagradas Escrituras, me di cuenta de que el Señor nos invita a una cercanía tanto emocional como espiritual. En realidad no se pueden separar estas dos ideas. Nuestras emociones forman parte de nuestra espiritualidad, la cual a su vez afecta nuestras emociones. Empecé a entender que podía compartir con Jesús de manera similar a la que compartía con mi esposo durante los mejores tiempos cuando él todavía estaba vivo. Era muy diferente, claro, compartir con mi Salvador en vez de un esposo con defectos. Pero el hecho de que la Biblia compara nuestra relación con el Señor con la del

matrimonio me dio la confianza de creer que Dios está dispuesto a oír mi coraje y mi dolor, y además, a compartir conmigo en un nivel más profundo.

Concluí que como yo había comunicado mis sentimientos de enojo durante mi matrimonio con mi esposo, entonces podía compartirlo con mi Señor también. Debo clarificar que aunque expresé enojo, rabia, frustración y dolor agudo, no condené ni maldije al Señor. Para mí, de cualquier modo, era evidente la necesidad de expresarme de manera respetuosa. Aprendí que podía llorar, gritar, orar y tronar hasta que o me sentía libre o me desplomaba agotada. En todo eso percibí que el Señor me oía, estaba presente conmigo a través de ello y me aplicaba un unguento a mis heridas. Evidentemente Él era capaz de aguantar todo cuanto yo soltaba cuando muchas veces la gente alrededor mío no lo podía soportar.

Desde entonces he estado profundamente agradecida por esa oportunidad de portarme espontáneamente, dándome rienda suelta por completo ante el Señor. No hay secreto que le podamos ocultar de Dios y por lo tanto podemos hablarle de nuestros desperfectos, actitudes y decepciones. Frecuentemente Él me ha corregido pero nunca de manera que me ha dejado rebajada, aplastada o avergonzada. El Señor me hace humilde, pero no me humilla. Aun a veces cuando no he sentido su presencia, he sabido que estaba presente y eso es algo que voy a apreciar y valorar toda la vida.



TRIBULACIÓN TRIPLE

En febrero de 1988, cuando mi primer esposo fue diagnosticado con la pulmonía neumocistis carinii, una de las infecciones oportunistas asociadas con el SIDA, recibí un golpe triple— primero, supe que mi esposo tenía una enfermedad fatal; segundo, me enteré de su infidelidad; y tercero, tuve que afrontar la probabilidad de que yo hubiera contraído el virus también. Recuerdo que durante su estadía en el hospital cuando yo estaba en casa, me despertaba aterrorizada noche tras noche preocupada por lo que le esperaba a Ray, por nuestra familia y por mí misma. Teníamos dos preciosos hijos que sufrirían a causa de esta traición y que al fin y al cabo posiblemente se convertirían en huérfanos.

Más adelante, mi hermana se casó. Yo estaba tan contenta por ella al verla empezar esta etapa gozosa de su vida. Al mismo tiempo estaba muy angustiada

porque mi vida se había hecho añicos y probablemente había perdido cualquier esperanza de realizar mi sueño de un matrimonio firme que durante tanto tiempo había anhelado. Cuando apenas me casé creía en el ideal de “felices para siempre” pero vi ese sueño desmoronarse en desolación porque me había convertido en una viuda con dos hijos chiquitos y tenía el VIH. Mi vida parecía tan dañada y arruinada que de muchas maneras creía que había terminado.

También llevaba una carga tremenda de amargura y rabia que me hizo pensar en un montón de nieve en las banquetas después de una ventisca de invierno. Sabía que mi tarea era de sacar la pala y quitar ese montón de enojo, pero a veces la veía por imposible.

Un día mientras estudiaba las Escrituras, descubrí la parábola en Mateo 18:21-34 que cuenta del propietario que no sabe perdonar. Este propietario tenía una deuda grande que no podía pagar. Él fue perdonado por su amo, pero mezquinamente no quiso perdonar una deuda mucho más pequeña que su propio siervo le debía. En la parábola Jesús nos dice que el propietario fue entregado a los carceleros para ser escarmentado a causa de su tratamiento miserable a su siervo. Jesús respondió a sus oyentes, “Así también mi Padre celestial los tratará a ustedes, a menos que cada uno perdone de corazón a su hermano” (Mateo 18:35). Todavía no quiero perdonar. Se me había dado un montón de nieve sucia para

echar con la pala y no era justo ni para mí ni para mis hijos. En esa primera época no tenía ganas de lidiar con la catástrofe que se me había dado. Para mí, perdonar significaba que Ray no tenía que pagar los platos rotos.

Al estudiar más a fondo las Escrituras descubrí un mandamiento aun más exigente. Mateo 6:14-15 dice así: “Porque si perdonan a otros sus ofensas, también los perdonará a ustedes su Padre celestial. Pero si no perdonan a otros sus ofensas, tampoco su padre les perdonará a ustedes las suyas.” A raíz de esta lectura no pude ver la manera de evitar la tarea monumental de perdonar si quería vivir en la gracia de Dios, y efectivamente, lo perdoné.

De ahí en adelante empecé mi peregrinación hacia el perdonar, lo cual me ha costado muchos años. Al principio tuve que orar por la buena voluntad de perdonar porque ni siquiera la tenía. Una conferencia dirigido por dos sicólogos cristianos, Henry Cloud y John Townsend, abrió mi entendimiento y en seguida empecé el proceso de quitar el candado de la puerta de mi corazón que no quería perdonar. En la conferencia enseñaron que cuando no hemos perdonado a alguien, estamos atados a esa persona con cadena y bola todavía. Estamos conectados con ellos con la percepción de que nos deben algo y no queremos dejarles libres de esa deuda. La ironía de semejante dilema es que nosotros tampoco estamos libres, sino encadenados a la otra persona y manipulados por un sentimiento

de odio. Nuestra expectativa es que la otra persona rectifique las cosas de alguna forma. Es bastante difícil esperar que esto pase cuando la persona está viva, pero bien imposible cuando ha fallecido. Total, mi resentimiento fue inútil y sólo me hacía daño a mí misma. El no perdonar nos mantiene ligados a la otra persona, y otra vez digo que en mi caso no había razón para seguir atada a una persona que ya no estaba en mi vida. Hay personas que se vinculan con varios tipos de fantasmas: el esposo esperado, el marido de sus fantasías, el “si solamente. . ., etc.” Tuve que librarme de todo eso soltándolo porque el fruto de esa tortura es pura amargura y más dolor. No fue fácil pero poco a poco entendí que en su eternidad Dios arreglaría las cosas con Ray y mi deber era cedérselo a Dios. Oraba y oraba para poder perdonar, y progresivamente la cadena y los grilletes se aflojaron dejándome libre. Tal vez Ray se salió con la suya, pero no lo creo. Sin embargo, la cosa más importante que aprendí a través de todo esto fue que yo tampoco merecía la gracia de Dios, pero Él me la concedió libremente. ¿Cómo podría yo a regañadientes esperar que Dios no perdonase a otra persona? Dios es omnisciente y como el creador de todo disfruta de una vista infinita para observar los corazones de la gente—lo hace mucho mejor que yo—más sin embargo, Él perdona a asesinos, ladrones y malhechores. ¡Tan agradecida estoy que lo haga así!

Como si la libertad de la cadena y los grilletes fuera poco, Dios me bendijo hace varios años permitiendo que yo conociera y me casara con un hombre piadoso y amador que sabe que soy VIH+, pero me ama de todas maneras. Él vio a través del virus para intuir mi corazón y alma. Dios había contestado mi oración por algo aparentemente inalcanzable—el deseo de casarme con un hombre entregado y fiel que me amara. Cuando mis recuerdos me llevan hasta 1991 y el dolor que era mi vida, lo único que puedo hacer es agradecerle a Dios por haberme llevado en un viaje arduo por el valle del perdón hasta que Él y yo lleguemos juntos al otro lado.



TRIUNFANDO SOBRE LAS PREOCUPACIONES

Había un personaje famoso de una tira cómica satírica cuyo lema era, “¿Preocuparme, yo? Con esa frase se daba a entender que no tomaba las circunstancias demasiado en serio. Desgraciadamente, ese lema no tenía nada que ver conmigo. Por gran parte de mi vida padecía de una rutina que yo denominaba, “la costumbre de preocuparme.” Algunas personas se muerden las uñas, otras se chasquean los nudillos de sus dedos; yo en cambio, siempre me preocupaba por las cosas.

Aparentemente tenía la creencia inconciente de que el preocuparme por todo mágicamente afectaría el resultado de cualquier acontecimiento problemático que viniese a mi vida. Sin embargo, lo que pasaba en realidad era que tanta preocupación me mantenía más ansiosa y afanosa sin hacer un ardite de diferencia en las circunstancias.

Recién entrada en la viudez, ya había desarrollado la costumbre de preocuparme a un nivel fuera de serie. Al acostarme por la noche cuando apenas comenzaba a dormir, ponía en marcha una fila de preocupaciones: el dinero, los hijos, mi trabajo, la salud—en fin, un círculo perpetuo de preocupaciones. Acababa dormida pero exhausta sólo para repetir el proceso tan pronto como me despertaba en la mañana. Caí más y más profundo en el hábito y llegué a ocuparme con mis ansiedades cada vez que mi mente no estaba activa con el trabajo o con asuntos familiares. La costumbre de preocuparme llegó a ser una carga insufrible y una compulsión, y pronto me di cuenta de que no podía aguantarla más porque estaba produciendo el efecto de una bola de nieve de ansiedad creciente sin ningún resultado positivo. Sé que la Biblia advierte contra esta mentalidad de manera que busqué una respuesta en las Escrituras sobre lo que podía hacer para detenerla.

En mi búsqueda de iluminación descubrí que el salmo 127 nos enseña la importancia de contar con Dios para ocuparse de nuestros problemas. El salmista escribe que, “En vano madrugan ustedes, y se acuestan muy tarde, para comer un pan de fatigas, porque Dios concede el sueño a sus amados” (V. 2). Esta descripción da en el blanco tocante a lo que yo había estado haciendo con mis preocupaciones: perdiendo sueño y el bálsamo de una noche tranquila. Nuestro Señor no quiere que nos preocupe-

mos o nos afanemos porque no es saludable y porque Él está dispuesto a ayudarnos a fin de que los problemas se resuelvan provechosamente. La costumbre de preocuparnos nos hace infructíferos, y nos roba de la salud y la confianza en el beneplácito de Dios. Con eso no quiero decir que no debemos hacer planes o usar nuestra inteligencia para resolver problemas productivamente, pero como regla general el preocuparse no es productivo. La practica de preocuparse obsesivamente es más bien un ejercicio vano de rumiar y girar inútilmente. La Biblia dice, “El corazón del hombre traza su rumbo, pero sus pasos los dirige el SEÑOR” (Prov. 16:9). Es cierto que debemos hacer planes y empujarnos adelante, pero obsesionarnos con preocupaciones no produce el resultado deseado. También necesitamos poner nuestros planes ante el Señor orando por discernimiento para averiguar si están de acuerdo con su voluntad.

Jesús enseñó a sus discípulos acerca de las preocupaciones en su charla sobre los pájaros que reciben su alimentación del Padre celestial y los lirios del campo que son vestidos por Él. Luego agrega que somos mucho más valiosos que ellos y que nuestro Padre quiere aún más suministrar nuestras necesidades. Jesús explicó, “¿Quién de ustedes, por mucho que se preocupe, puede añadir una sola hora al curso de su vida?”

(Mateo 6:27). Su consejo sabio es que busquemos primero el reino de Dios y su justicia. Luego en

el mismo pasaje recalca esta enseñanza cuando dice, “Por lo tanto, no se angustien por el mañana, el cual tendrá sus propios afanes. Cada día tiene ya sus problemas” (Mateo 6:34).

Cuando leí estos versículos me di cuenta de que tenía que cambiar mis costumbres, pero mi dilema era, ¿cómo?, puesto que la costumbre ya estaba tan profundamente arraigada. “No te preocupes por mañana,”—así que decidí que iba a procurar asimilar únicamente lo que iba a pasar hoy sin pensar en el mes próximo, el año que viene o lo que pasará en diez años. Si tenía que tomar una decisión importante, sólo me enfocaba en lo que podía manejar en un día. Por ejemplo, después de la muerte de mi esposo, tuve que llenar muchísimos formularios, completar mi testamento y manejar muchos otros documentos legales. Hice un juramento conmigo misma que solamente iba a enfocarme en los documentos que podía terminar en un día en vez de preocuparme por las cosas imposibles de hacer ese día. Frecuentemente daba marcha atrás con mi juramento y me olvidaba de las enseñanzas de la Biblia, pero con meses de esfuerzo logré avanzarme. Muchas veces me pescaba en el acto de la preocupación y tenía que tomar control de mis pensamientos enfocándome en otra cosa. Poco a poco, y con mucha oración la costumbre se menguó.

La segunda cosa que tuve que aprender fue lo siguiente: si se trataba de algo que yo no podía cambiar, mi diagnóstico de VIH+ por ejemplo, no podía

permitirme el lujo de preocuparme para nada. A menos que yo pudiera tomar acción en una crisis de salud, tenía que soltar el asunto y dejarlo en las manos del Señor. Mi lema es que si puedo actuar, procedo con las acciones necesarias, pero si no puedo actuar, oro.

Es algo con lo que tengo que luchar hasta hoy porque es tan traidor. Cuando se me presenta un nuevo desafío, mi vieja costumbre quiere ponerse en pleno movimiento súper veloz. Para resistir esta propensión me permito hacer planes, orar sobre el futuro y buscar la voluntad de Dios, pero no me permito preocuparme. La oración es una potencia eficaz cuando nos acecha la preocupación. Me he fijado que cuando oriento mi mente hacia la oración, tengo mejores resultados en apagar las preocupaciones. Me es útil formar la imagen mental de poner mi carga en el regazo del Señor y dejarlo allí porque Él es bastante poderoso para cargarlo. El ser VIH+ quiere decir que mi futuro es poco seguro, lo cual produce la frecuente tentación de preocuparme de nuevo cuando me tocan problemas de salud o cuando los resultados de mis estudios de sangre no salen tan buenos como yo quisiera. En estos casos tengo que volver a la lección original, la práctica de la cual me ha dado una paz descomunal al dejar mi carga a los pies del Señor.



LA RED MUNDIAL

En la primavera de 1998 estaba gravemente enferma y me quedé en el hospital por cinco semanas con complicaciones gastrointestinales además de infecciones adquiridas en el hospital mismo. Fue una temporada física y emocionalmente dolorosa para mí y para mi familia. Me encontré absolutamente a la merced de la ayuda de los demás para satisfacer cada una de mis necesidades. Para cierto punto se me había deteriorado la salud de tal manera que sufrí un paro cardíaco y estuve muerta durante casi cuatro minutos. Durante varios días estaba inconsciente de lo que me pasaba, pero más tarde me enteré de lo ocurrido y la cantidad maravillosa de amor y atención que nuestra familia recibió mientras yo sufría.

Cuando me enfermé, mi segundo esposo, Galen, actuó rápidamente para dar parte a todos los parientes y amigos pidiéndoles que oraran urgente-

mente por mí. Recibimos un chorro de amor y oraciones que surgió de todas partes del país (y del mundo, ¡hasta Chile!) y de nuestra iglesia local. Nuestros amigos les decían a sus parientes y amigos que oraran, nuestros familiares se lo dijeron a los miembros de la familia extendida, y nació una red de oración como yo nunca había experimentado antes. Fue abrumador y asombroso. Llegaron miembros de la familia por avión de California, Washington y el Norte de Carolina para ayudar a cuidar a nuestra familia. Anteriormente yo nunca había sufrido una enfermedad tan grave y por eso tampoco había experimentado tanta necesidad como la estaba experimentando en ese momento. Los miembros de la iglesia trajeron comidas calientes tres veces por semana por un período de cinco semanas. Recibimos cantidades de tarjetas y cartas además de muchas promesas de oración.

Cuando mi condición se estabilizó y pude comprender todo lo que me había pasado, se me clarificaron las cosas de tal manera que deduje que si no fuera por el apoyo y las oraciones del pueblo de Dios, yo no estaría aquí hoy. Esta intuición me inundó con gozo y asombro. Dios se ha dignado de obrar por una red que a veces parece invisible, pero es tan fuerte como el acero cuando se necesita. Nuestra familia estaba a la merced de una corriente espeluznante cuando el amor de los fieles—y hasta algunos no creyentes que a su manera reflejaron el amor de Dios—nos sostuvo para que no nos

ahogáramos. Semejante expresión del amor de Dios, tan profundo e indescriptible, de parte de Dios mismo y su pueblo me tocó en una manera que no había experimentado antes y me dejó cambiada. Me hizo sentirme muy humilde el haber sido el recipiente de aquel amor. Me juré que iba a aspirar a ser una persona más amorosa hacia los demás aunque se tratara de algo mínimo comparado con el amor que Dios me había mostrado a mí. Dios no impidió que yo pasara por algunos períodos bien dolorosos, pero me enseñó cosas valiosas en el proceso que siempre voy a atesorar en mi corazón.



SALMO 119 Y LA AFLICCIÓN

Salmo 119 contiene muchos versículos que hablan de la aflicción y el sufrimiento.

Seamos francos, una amenaza para nuestra salud nos llama la atención. En 1998 cuando estaba en el hospital incapacitada con el pancreatitis, una complicación asociada con el VIH, tuve tiempo para considerar mis prioridades. Concluí que frecuentemente mis prioridades estaban patas arriba. No siempre ponía al Señor primero en mi vida. A menudo permitía que las pequeñeces de la vida cotidiana llegaran a ocupar un lugar fuera de su proporción apropiada.

Sospecho que Dios permite las enfermedades en el mundo en parte para ayudarnos a reconocer nuestras prioridades y dedicarnos a lo que es en realidad lo más importante. Cuando nos toca una enfermedad, tenemos una oportunidad para más purificación y santificación, y para fijar nuestros ojos

nuevamente en el Señor. Esto presenta un desafío que requiere de valentía, perseverancia, y mucha ayuda.

Tuve que preguntarme o si preferiría tener esta enfermedad y aprender lecciones importantes o dejar que nada más me trajera depresión y desesperación. Escogí buscar el reino de Dios, y con eso no quiero decir que es una elección que se hace sólo una vez. Puede que sea una elección que se hace momento por momento u hora por hora y no es nada fácil.

Mientras leo el salmo 119 me llama la atención donde dice el autor que era buena cosa ser afligido, “. . . porque así llegué a conocer tus decretos” (V.71). Este salmista descubrió que su batalla con una aflicción sin nombre podría resultarle útil.

Yo era una trabajadora social profesionalista cuando le pedí a Jesucristo que entrara en mi corazón en 1981. Luego empezó un proceso lento de cambio, más sin embargo había áreas de mi vida que no cambiaron. Una de esas áreas era mi actitud de autosuficiencia. Yo tenía una motivación muy fuerte de ganarme la vida y de cuidarme física y psicológicamente—buenas cosas por cierto—, pero realmente no quería creer que Dios también quería cuidarme.

Cuando tenía catorce años sufrí mucha tristeza, desolación y depresión por el divorcio de mis padres. Luego leí varios libros de autoayuda para tratar de mejorar el estado de mi salud mental. Salí para la universidad a los diecisiete años porque

quería vivir por mi cuenta y aprender a cuidarme yo sola. Cursé estudios posgraduados tanto para prepararme en mi profesión como para poder arreglármelas y contribuir a la sociedad. Este comportamiento independiente ya estaba bien arraigado para cuando me entregué al Señor.

Al principio cuando era una creyente nueva, me costó trabajo confiar en Dios en los niveles físicos, psicológicos y materiales. Yo sí creía que Él podía enseñarme verdades espirituales, pero que no podía o no quiso cuidarme como yo misma me creía capaz de hacerlo en cuanto a cosas “prácticas.” Era difícil que me pusiera en sus manos. Mi dilema era como el de un niño que tiene que aprender a nadar. Cuando uno de los padres se pone de pie a la otra orilla de la piscina y le dice al niño que nade hacia él o ella, en realidad le está pidiendo al niño que se tire en sus manos, que confíe completamente. Una vez que el niño se lanza pecho al agua tiene que estar plenamente convencido de que su papá o mamá lo pueda rescatar si empieza a hundirse. Desde las alturas intelectuales sabía que Dios me cuidaría, pero resistía colocarme totalmente en sus manos porque temía que me fallara como mucha gente ya lo había hecho.

Tuve que llegar a un punto crítico en mi pensar y comenzar a confiar que Dios me cuidara. Y así fue que me encontré en la posición de volverme a Él a causa de mi enfermedad incurable, y en mi mente, Él era el único a quien podía acudir. Abrí la Biblia

para aprender a sobrevivir las preocupaciones, los temores y la pena. Como dice el salmo 119, “Si tu ley no fuera mi regocijo, la aflicción habría acabado conmigo” (V.92).

Uno de mis temores más tajantes era que, por culpa de mi enfermedad, algún día acabara sin fuerzas para trabajar y pobre. Como individuo auto-suficiente, la pobreza me dio miedo. Pero el Señor resolvió el problema aun antes de que yo supiera que tenía el virus y antes de que diagnosticaran a Ray con el SIDA. Dios anticipó mi necesidad y preparó el camino. Lo que pasó fue que en 1987 un amigo vecino se había involucrado en el negocio de seguros. Él quería explicarnos lo que hacía en su nuevo trabajo, y le dijimos que no estábamos buscando seguros de vida, pero que podía venir a nuestra casa para hablarnos de que se trataba.

Anteriormente, yo pensaba que no teníamos bastantes seguros para mí y los niños en caso de que algo le sucediera a Ray, pero él era un poco supersticioso. Creía que el comprar seguros podría provocar la muerte a alguien. Quizás tenía un presentimiento de su propia muerte—no lo sé—pero se negó categóricamente a hablar de seguros de vida, testamentos o cosas por el estilo. . . hasta ese momento. Milagrosamente, cuando vino nuestro amigo y empezó a charlar con nosotros, Ray decidió comprarnos seguros de vida sin más ni más. Cuatro meses más tarde fue diagnosticado con el SIDA. A los veintidós meses se murió. La compañía de

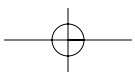
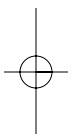
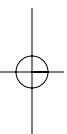
seguros investigó nuestra demanda porque Ray había muerto en menos de los dos años después de la iniciación de la póliza de seguros y esos casos siempre son sospechosos. Pero no sabíamos que tenía el SIDA cuando llenamos la solicitud, y yo creo que se trató de la provisión del Señor para mí y mis hijos. Así aprendí que Dios está obrando en mi vida detrás del telón y no siempre me entero de ello hasta mucho más tarde.

Cuando estamos afligidos con una enfermedad hay mucho trauma psicológico. El temor de lo desconocido es devastador. Sin embargo, Dios nos capacita a que le entreguemos nuestra carga de miedo, y con el apoyo de individuos cariñosos y del Espíritu Santo, nos encuentra en medio de nuestros temores para sacarnos a flote. Mucha gente ve a un enfermo y dice, “No sé cómo puede seguir adelante,” pero yo creo que el Señor tiene una provisión hecha a medida para cualquier individuo en semejantes circunstancias.

En el plano físico, sé que debo tomar mis medicinas recetadas, comer saludablemente, descansar adecuadamente y hacer ejercicio. Más allá de eso, estoy en las manos de Dios. “Sostenme conforme a tu promesa, y viviré; no defraudes mis esperanzas” (V.116). Cada respiro es un regalo, y estoy muy agradecida por cada día que tengo. Ateniéndonos a la Palabra de Dios, entregándole nuestras preocupaciones—estas cosas reducen el estrés y ayudan con nuestro bienestar general. Sólo Dios sabe cuántos

años viviremos. “Grande es, SEÑOR, tu compasión; dame vida conforme a tus juicios” (V.156). “Mira SEÑOR, cuánto amo tus preceptos; conforme a tu gran amor, dame vida” (V.156).

Finalmente, nuestro propósito como creyentes es glorificar a Dios, y la oración mía, igual que la del salmista es, “Déjame vivir para alabarte; que vengan tus juicios a ayudarme” (V.175).





PERDONAR DE NUEVO, SALMO 55

En un ensayo anterior, escribí sobre mi lucha para perdonar a mi antiguo esposo por su infidelidad y la infección resultante que sufrí del virus (VIH). Allí esbocé la manera en que me aproximé al perdonar como paso de obediencia al Señor y el camino necesario para mi viaje espiritual. En este ensayo quisiera usar una ilustración bíblica que clarifica la dificultad del proceso de perdonar, y hablar sobre las muchas sendas que se dirigen hacia dicha meta. El salmo 55 ha sido sumamente útil para mí mientras sigo adelante en este viaje.

Soy profesionista que ha trabajado como consejera cristiana, y he visto las batallas psicológicas de las personas que, a igual que yo, han sido emocionalmente heridas de alguna forma u otra. Periódicamente oímos el dicho, “olvide y perdone,” que muchas veces se entiende como “guárdelo por

adentro, y no se lo diga a nadie,” porque no tenemos permiso para hablar de nuestra pena y enojo.

También podemos pensar que el perdonar debe ocurrir instantáneamente—perdonamos y se acabó. Mi propia experiencia me ha enseñado que la mayoría de las veces es un proceso largo y arduo, y por eso me ha dado mucho consuelo el ejemplo bíblico de David cuando trató de cumplir la misma misión en el salmo 55. Hay una nota al pie de mi Biblia en inglés (Life Application Bible, NIV) que avisa que el salmo 55 probablemente fue escrito durante la rebelión de Absalón y la traición de Ajitofel. Según la misma fuente algunos eruditos de la Biblia también dicen que este salmo contiene alusiones mesiánicas (Vs.12-14), las cuales se refieren a Judas Iscariote y su traición de Jesús. Se puede ver que las traiciones hacia Jesús y David pusieron a ambos en el dilema de perdonar a un enemigo que los había herido profundamente, y quien penosamente había sido al mismo tiempo un querido amigo. Las palabras de este salmo entonces reflejan nuestra propia experiencia de traición y el camino hacia el perdonar.

En el salmo 55 el proceso comienza con oración y David le pide a Dios que escuche su súplica. David sabe, como lo sabemos nosotros, que tenemos la libertad de acercarnos a nuestro Padre Celestial con nuestras peticiones y necesidades. David escribe, “Escucha, oh Dios, mi oración; no pases por alto mi súplica. ¡Óyeme y respóndeme,. . .” (Vs.1-2a).
Procede entonces, de expresar su dolor libremente,

sin miedo, y sin tener que censurar sus sentimientos: “. . . porque mis angustias me perturban! Me aterran las amenazas del enemigo y la opresión de los impíos, pues me causan sufrimiento y en su enojo me insultan. Se me estremece el corazón dentro del pecho, y me invade un pánico mortal. Temblando estoy de miedo, sobrecogido estoy de terror” (Vs.2-5). David no tiene necesidad de encubrir sus sentimientos o hacerlos desaparecer con lenguaje espiritual. Está libre para gozar de la unión honesta con su Abbá Padre. Por lo tanto el modelo que proporciona David nos enseña que el principio del proceso de perdonar es la expresión honesta de todo lo que llevamos por dentro, no importa que tan horroroso nos pueda parecer.

Entonces David empieza a pensar de manera escapista, como lo hacemos también, deseando que las cosas fueran distintas. Cuando nos sentimos atrapados y traicionados, podemos empezar a dudarnos. De vez en cuando he pensado “si esto no hubiera pasado, si hubiera escogido de otra manera, etc.” Parece común para la experiencia humana que tengamos este tipo de pensamiento. Puede que también quisiéramos huir mágicamente de nuestra situación, y haciendo eso, librarnos de tener que experimentar el dolor y las heridas que tal circunstancia provoca. Va sin decir que estas fantasías no sirven para nada puesto que no podemos dar marcha atrás al tiempo, ni tampoco podemos en realidad escapar de nuestros problemas, pero aun David

es humano y quiere correr de su circunstancia difícil. David escribió, “¡Cómo quisiera tener las alas de una paloma y volar hasta encontrar reposo! Me iría muy lejos de aquí; me quedaría a vivir en el desierto. Presuroso volaría a mi refugio, para librarme del viento borrascoso y de la tempestad! (V.6-8). Es después de probar nuestras tácticas evasivas—ya sea el uso o abuso de la comida, la televisión, el alcohol, el trabajo o mil distracciones más—que finalmente hacemos la determinación de afrontar lo que nos espera. Es natural querer salir de situaciones difíciles y penosas, pero si de veras queremos ser espiritual, mental y emocionalmente saludables, es mejor tomar los pasos necesarios para resolver el problema con el Señor a nuestro lado.

Aun cuando queremos y esperamos perdonar, al emprender este proyecto podemos encontrar sentimientos de amargura. Puede que no tengamos ni mucho amor ni un “buen provecho” para la persona que nos ha traicionado. Según la experiencia humana esto es normal, pero a largo plazo no es nada saludable. Debemos esforzarnos a superar nuestra amargura poco a poco, y por fortuna Dios entiende nuestra insuficiencia y la dificultad de la tarea. ¡Fíjese como David pide a Dios que castigue a los malos!: “¡Destruýelos Señor! ¡Confunde su lenguaje! En la ciudad sólo veo contiendas y violencia” (V.9).

Mientras David pasa por todas las reacciones emocionales de su traición, se mantiene en comuni-

cación constante con el Señor. Se lo da todo con confianza.

Pero como si toda la injuria que le había pasado a David fuera poco, tuvo que aguantar el dolor adicional de haber sufrido sus heridas a manos de alguien a quien estimaba. Es bastante difícil que te lastimen y ofendan, pero cuando se trata de un amigo te corta hasta el meollo del hueso. Cuando mi esposo me traicionó, fue mucho más peor que si se hubiera tratado de un mero conocido o un extranjero. Me parece ilógico e incomprensible que uno que me profesaba un amor entrañable después pudo hacerme tanto daño. David y Jesús deberían de haberlo entendido así también. David reclama, “Si un enemigo me insultara, yo lo podría soportar; si un adversario me humillara, de él me podría yo esconder. Pero lo has hecho tú, un hombre como yo, mi compañero, mi mejor amigo” (V.12-13). David parece luchar con un sentir de incredulidad frente al hecho de que un amigo pueda tratarlo así. ¡Muchos de nosotros hemos pugnado con “sorpresas” del mismo estilo también!

David viaja más adelante por el camino del perdón después de esta sincera expresión de su pérdida. Sin embargo, antes de llegar a la paz, más sentimientos rencorosos emergen. Él empieza a expresar deseos de venganza contra su enemigo. Nuevamente, parece que entiende lo necesario que es llevarle al Señor todos sus sentimientos inaceptables—sus motivos malos, lo socialmente inadmissi-

ble, las tinieblas escondidas en su corazón. Confía que el Señor al fin y al cabo lo va a guiar al sendero de la justicia.

El deseo que tenía David de vengarse de Absalón y Ajitofel se aparece cuando dice, “¡Que sorprenda la muerte a mis enemigos! ¡Que caigan vivos al sepulcro, pues en ellos habita la maldad!” (V.15). Después de expresar esa actitud vengativa él reclama al Señor pidiéndole consuelo y liberación de estos impulsos odiosos. “Pero yo clamaré a Dios, y el SEÑOR me salvará” (V.16). Sé que yo también guardo sentimientos rencorosos hacia las personas que me lastiman y que en seguida de sufrir sus agresiones quiero verlos sufrir a su vez. No estoy nada orgullosa de estas inclinaciones y busco el rostro del Señor para que cambie mi corazón cuando así me siento. Como creyente sé que la venganza pertenece al Señor y que Él es un Dios justo que mide su justicia con misericordia para todos los pecadores.

Después que David ha expresado tantos sentimientos al rojo vivo, una verdadera catarsis para su alma herida, empieza a buscar la paz por medio de perdonar. Creo que estamos en una posición mucho más segura para perdonar a alguien después de un proceso en el que hemos podido expresar nuestras emociones profundas con una persona de confianza. Entonces podremos enfocarnos mejor en el proceso de perdonar. David reconoce como él mismo ha sido recipiente del perdón de Dios a igual que lo han sido los demás. “Aunque son muchos los que

me combaten, él me rescata, me salva la vida en la batalla que se libra contra mí” (V.18). Aquí David medita en el amor sin condición de Dios para con él.

Mientras David completa el proceso de soltar todo esto es como si respirara con alivio y libertad. Dice, “Encomienda al SEÑOR tus afanes, y él te sostendrá; no permitirá que el justo caiga y quede abatido para siempre” (V.22). ¡Con qué clase de paz se infunde esa declaración!

Ahora bien, David ha podido superar sus deseos, su enojo, su amargura y sus ganas de vengarse, y ahora; está quieto. El salmo termina con contentamiento y resolución. Le dice al Señor, “Yo, por mi parte, en ti confío” (V.23b). Yo, a igual que David, he aprendido que viajando por una “vía dolorosa,” con una expresión honesta de mis sentimientos feos en comunión con mi Padre compasivo y con la colaboración de amigos comprensivos, puedo lograr perdonar. Este camino es uno que podemos transitar con la ayuda del Señor.



UNA HISTORIA DE AMOR

Me crié con cuatro hermanas y con el romance de los cuentos de hadas que todos leemos en los cuentos de Disney—la princesa y su príncipe azul se enamoran triunfando sobre todos los obstáculos de manera que pasen una vida entera de felicidad; y todo esto con los pajaritos cantando, los ratoncitos confeccionando el vestido de novia y la dichosa pareja pasándolo victoriosamente. Desafortunadamente, esta imagen representaba una fantasía total, no solamente porque era un cuento de hadas, sino también porque dejé fuera el elemento más importante, Dios.

Separados de la voluntad de Dios, puede que tengamos los planes y fantasías que sean, pero éstos nunca dejan de decepcionarnos comparados con la paz, amor y felicidad que encontramos cuando estamos en la voluntad de Dios. Lo he vivido en ambas formas con unos resultados bien diferentes.

Ahora me doy cuenta de que si Dios no está activo en el proceso de crear y edificar el matrimonio, es imposible que éste se mantenga lleno de amor. Tristemente, mi sueño no llegó a realizarse cuando estaba casada con Ray.

Ray y yo nos conocimos en la universidad en 1973, y yo no vivía una vida espiritual en ese entonces. Como niña yo asistía a la iglesia pero poco antes de convertirme en adolescente yo dejé la iglesia sin haber aceptado a Cristo como parte íntegra de mi vida. Todavía no había desarrollado una relación viviente con el Señor o una fe práctica. Ray y yo no tuvimos al Señor como una base para nuestras vidas. Todos mis esfuerzos para tener el matrimonio perfecto se fueron al fondo. Nos hicimos cada vez más distantes y parece que él sobre todo iba construyendo paredes alrededor de sí mismo, y eso aun más en los años antes de que muriera. Es posible que haya sentido cierta ambivalencia o algo de culpa por su infidelidad, y probablemente otros sentimientos ocultos.

Cuando murió yo estaba desolada por muchas razones. La que quiero recalcar aquí es la pérdida del sueño de tener un matrimonio amoroso. Ese sueño había sido mío durante mucho tiempo, pero no podía verlo realizado con Ray. Luego, cuando me diagnosticaron con el VIH, creía que nadie querría casarse conmigo y el sueño de un matrimonio íntimo nunca se cumpliría. Aunque yo creía que el Señor nos da los deseos de nuestro corazón, sentía

que este deseo era imposible de obtener. Un versículo de las Escrituras que me llamó la atención fue el salmo 37:4, “Deléitate en el SEÑOR , y él te concederá los deseos de tu corazón.”

Ese versículo me llevó a una especie de oración paradójica durante la temporada en seguida de la muerte de Ray. Por un lado, quería experimentar una relación estrecha con una pareja de por vida, pero por otro lado lo tenía por imposible y quería que el Señor cambiara mi deseo de estar casada a fin de que aceptara la vida de viuda, sola, por el resto de mi vida. Oraba que Dios me librara del deseo de casarme porque así—pensé yo—debía ser mi destino. Sólo Dios en su sabiduría infinita podía desenredar la mezcla de sentimientos, necesidades y oraciones que eran mi vida para ponerme en el camino que Él indicara como apropiado para mí. Mientras en mi primer matrimonio no había buscado la guía del Señor, desde entonces aprendí que buscarla primero era primordial, no importa la dirección que tomara la vida. Esa lección que el Señor me reveló en muchas maneras valía mucho, especialmente en cuanto a mi relación con Galeno.

Como he escrito anteriormente, trabajé bien duro para perdonar a Ray y para ser sanada del enojo y amargura. Dudo que podamos estar completamente libres para amar de nuevo hasta que la tarea de perdonar haya sido consumada, o al menos puesta en buen camino y haya pasado tiempo suficiente. Sabía que tenía que arrancar la raíz de amar-

gura y no dejar que estrangulara mi corazón. Cuando conocí a Galeno, estaba en pleno proceso de ser sanada.

Galeno y yo nos conocimos en la iglesia en 1990. Los dos hacíamos la lucha como “padres solteros” (pero ambos anteriormente casados). Él estaba sumergido en sus estudios posgraduados, y yo era consejera. Llegamos a conocernos mejor en el grupo para gente no casada y nos llevábamos muy bien, pero no salíamos juntos en ese tiempo. Como los dos andábamos muy activos nos veíamos principalmente en los servicios y durante las demás funciones de la iglesia. Después, empezamos a vernos de vez en cuando para tomar café o para cenar. De hecho, en una ocasión nuestro pastor y su esposa nos invitaron a su casa para cenar. Descubriríamos más adelante que habían estado trabajando listamente como casamenteros a nuestro favor. Galeno y yo compartíamos muchos intereses en común tales como nuestra vida espiritual, el español, el conversar sobre temas actuales, y nuestras pesquisas intelectuales. Nuestros hijos eran amigos y disfrutábamos de las jiras campestres y otros eventos de la iglesia. Empecé a sentirme atraída y cariñosa hacia Galeno, pero al mismo tiempo tenía miedo y creía que no debía involucrarme con él a causa del VIH.

Más o menos un año después de que nos conocimos, me llamó por teléfono con un asunto delicado. Me explicó que mi hija le había dicho a su clase de

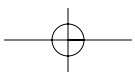
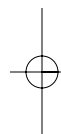
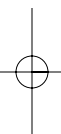
escuela dominical que su Papi había muerto del SIDA. Galeno quería saber si era cierto. Yo le dije que sí, y él parecía genuinamente preocupado por la carga que mis hijos y yo llevábamos encima. Me figuré que iba a retirarse de cualquier relación conmigo porque es una experiencia muy común para las personas que viven con el VIH y SIDA. Galeno, sin embargo, seguía siendo amable y amistoso. Me sentí aliviada de que no me hubiera rechazado como amiga. No creía que hubiera posibilidad alguna de un romance, pero de todas maneras estaba contenta de que todavía me aceptara como amiga. Más tarde averiguaría que él quedó profundamente entristecido cuando supo que yo tenía el VIH porque tenía interés en crecer la relación más y la información recién adquirida lo hizo creer que eso sería imposible.

Mientras Galeno y yo seguíamos adelante con nuestros respectivos viajes hacia la sanidad, nos veíamos en la iglesia, y nos hacíamos visitas de familia de vez en cuando. Disfrutaba de nuestra amistad y me sentía cómoda y abierta con él.

Alrededor de 1993, las cosas empezaron a cambiar en nuestra relación. Galeno había estado informándose sobre el VIH, hablando con su médico, orando y hablando con sus padres. Resulta que no quería perderme y aprendió que, con precauciones, una relación íntima con una persona infectada con el VIH es posible sin riesgo excesivo a su propia salud. Evidentemente el Señor estaba interviniendo

de manera milagrosa dándole a Galeno un amor para mí que en términos generalmente aceptados, sería imposible. Yo también gozaba de un amor creciente por él, pero no quería ponerlo en una situación donde se sintiera incómodo, temeroso, o en riesgo de infección. Nos enamoramos y, sorprendentemente contamos con el apoyo de nuestro pastor, nuestros parientes, nuestra familia espiritual en la iglesia y nuestros hijos también. Creo que fue la voluntad de Dios y ha sido una cosa hermosa para ambos. Nuestro pastor nos casó en 1994, y he sido bendecida con un esposo amante, tierno, chistoso y apasionado. El Señor es fundamental en nuestro matrimonio. Le llevamos todo al Señor: nuestras vidas, hijos y vocaciones; y también los buenos y malos tiempos. Compartimos nuestras esperanzas y nuestros sueños en el Señor. También compartimos nuestras victorias y derrotas.

No podía haberme imaginado la bendición de tener una pareja tan amorosa para mi vida. Se me mostró otra vez en 1998 cuando me interné en el hospital gravemente enferma. Galeno me visitaba a diario aunque tenía que viajar una hora para trabajar, cuidar a los hijos y hacerse carga de la casa. Me daba masajes de los pies, cantaba, me leía poesía y oraba por mí. De verdad Dios me ha dado los deseos de mi corazón en mi amado Galeno.





MI REGALO

Mi regalo ha hecho que me postre ante el trono de la majestad de Dios.

Mi regalo me ha dado gozo inexpresable mientras veo el amor de aquellos que me rodean.

Mi regalo me ha llevado en un viaje de limpieza espiritual y emocional de las telarañas polvorosas dentro de mi ser.

Mi regalo me ha ofrecido la valentía necesaria para tener compasión para con la gente abatida y los quebrantados de corazón.

Mi regalo me ha mostrado el inmenso poder de Dios.

Mi regalo me ha dejado ver muchos milagros.

Mi regalo me ha hecho acercarme más a Dios con confianza y dependencia de Él.

Mi regalo me ha hecho despertar al potencial del amor absoluto e incondicional de Dios.

Mi regalo me ha llevado a través del valle de la sombra de la muerte.

Mi regalo me ha hecho profundamente humilde.

Mi regalo ha volteado mi cabeza hacia cuestiones de significado y me ha hecho dar la espalda a lo infructífero.

Mi regalo me ha dado la oportunidad de quedarme asombrada.

Mi regalo me ha dado otra oportunidad de vivir.

Mi regalo me ha traído el amor de un hombre piadoso y derecho.

Mi regalo me ha hecho crecer.

Mi regalo me ha rociado con el amor de mucha gente.

Mi regalo me ha enseñado que la parte exterior, la “cáscara,” es sólo una parte mínima de quien soy.

Mi regalo me ha enseñado que el Señor es el único que mide nuestros días, ya sean muchos o pocos.

Mi regalo me ha animado a que me abra hacia los demás y les extienda la mano.

Mi regalo me ha quitado de mi “zona cómoda” para que hable y escriba.

Mi regalo ha cambiado mis prioridades.

Mi regalo ha ilustrado el hecho de que mi Señor es el esposo para las viudas y el padre para los huérfanos.

Mi regalo me ha llenado con adoración y alabanza para mi Padre Celestial.

Mi regalo ha hecho que mi corazón sea blando y flexible.

Mi regalo me ha colmado con agradecimiento.

Mi regalo me ha enseñado a apreciar cada día de vida que me ha sido dado.

Gozosamente renunciaría mi regalo si pudiera a pesar de todo lo que me ha dado, porque verás—mi regalo es el VIH.



VERGÜENZA

El salmista escribe, “Radiantes están los que a él acuden; jamás su rostro se cubre de vergüenza” (34:5). David también celebra con las siguientes palabras, “En ti, SEÑOR, busco refugio; jamás permitas que me avergüencen;. . .” (31:1).

Según mi cosmovisión, el VIH es casi un sinónimo con la vergüenza, y como tal, la gente curiosa quiere saber si el infectado es homosexual, drogadicto, mujerzuela o bien si pertenece a todas estas categorías. Esto no pasa con enfermedades más “respetables” como el cáncer o la enfermedad cardíaca.

Nosotros que vivimos con el VIH vivimos con una especie de “vergüenza cotidiana.” Pero, ¿qué tan diferentes son nuestros pecados que los de la gente que nos rodea? ¿Soy muy diferente que mi esposo que es VIH negativo? El mundo es un lugar vergonzoso para todos.

El Pequeño Larousse Ilustrado (2005) define la vergüenza como un sentido de pérdida de dignidad

ocasionado por alguna falta cometida o por alguna acción o estado deshonesto o humillante, etc. Otras palabras que asociamos con la vergüenza son: “inapropiado, ridículo, culpable, incompetente y desgraciado.” ¡Qué palabra más horrible!

La vergüenza entró en la raza humana con Adán y Eva en el jardín. Después de comer la fruta prohibida se escondieron de Dios avergonzados. Entonces, ¿cómo pudo David decir que los que acuden a Dios jamás tendrán sus caras cubiertas de vergüenza?

Hay un proceso poderoso que el Señor nos ha dado. “Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad” (I Juan 1:9). Él ha creado el sacramento de reconciliación/perdón de pecados para que la vergüenza de cualquier error del pasado, presente o futuro quede borrado si es que buscamos su perdón misericordioso.

El rey David debería de haber conocido la vergüenza a primera mano. Era un adúltero que encima de todo mandó matar al esposo de su amante— ¡era asesino! Sin embargo aprendió a humillarse arrepentido ante Dios.

Muchos de nosotros nos arrepentimos de nuestros pecados, pero seguimos sintiendo la vergüenza a pesar de saber que somos perdonados por el Señor. A veces hay que tomar unos pasos adicionales. Un paso muy importante, por ejemplo, es que nos perdonemos a nosotros mismos. No importa que hayamos cometido “GRANDES PECADOS” o

“pequeños,” todos son una afrenta a la santidad de Dios. No tiene una lista de pecados malos que merecen el 90% del perdón, y otra lista de pecados “requete-malos” que sólo merecen un 10% de perdón; Él ha prometido limpiarnos a fondo.

Lo que pasa es que en muchas ocasiones seguimos dándonos una paliza aun después de habernos confesado. Pero, según el designio de nuestro Señor misericordioso, podemos mirarlo con rostros radiantes sin siquiera un rastro de vergüenza. Jesús se llevó la vergüenza que merecemos.

El Señor es sumamente clemente y misericordioso, pero posiblemente nos sentimos poco merecedores de su perdón. Es cierto, no lo merecemos. Sin embargo, Él nos lo da cuando confesamos nuestros pecados y nos arrepentimos. ¡Qué prueba más asombrosa de su amor insondable! Si Dios, quien es el 100% santo, puede perdonarnos, creo que le debemos el siguiente paso de perdonarnos a nosotros mismos también (y por supuesto, a los demás). Este último paso puede ser bastante difícil.

La sociedad se encapricha en mirarnos—a nosotros que tenemos el VIH—como los leprosos del mundo moderno, pero nosotros en cambio podemos mirarnos los unos a los otros y al Señor con caras radiantes. “Radiante” quiere decir que una cosa echa rayos de luz de una fuente determinada; que brilla con intensidad; que muestra placer, gozo, bienestar, etc... ¿Vergüenza o resplandor? ¡Yo tomaré el resplandor!



EL SÍNDROME DE LÁZARO

El contexto cultural del VIH/SIDA en los Estados Unidos se ha transformado muchas veces durante el transcurso de su permanencia. Lo que empezó como una “enfermedad de los hombres gay” en la década de los ochenta rápidamente se cundió por la población heterosexual. Actualmente, tanto la gente mayor como los jóvenes se encuentran vulnerables a infección. Otra transformación que ha tenido lugar es el de morir del SIDA a la posibilidad de vivir con el SIDA. Este cambio se llevó a cabo gracias al descubrimiento de nuevos tipos de medicinas como los inhibidores de proteasa y otras. Aunque estas drogas han producido una cierta prolongación de vida para las personas VIH+ que tienen acceso a estas medicinas, todavía no producen la cura que deseamos.

Previamente a la introducción de estas nuevas drogas, se esperaba que alguien con un caso adelan-

tado del SIDA viviera solamente uno a dos años. A esa gente que había llegado a este nivel de enfermedad antes de saber de los nuevos tratamientos se les decía que pusieran sus asuntos en orden; es decir, que pusieran sus testamentos al día, cobraran sus pólizas de seguros, hicieran un viaje, visitaran a sus familias y se prepararan para su muerte. Sorprendentemente, muchos que habían recibido su sentencia de muerte sobrevivieron bastante tiempo para tomar el nuevo “cóctel” de drogas antiretrovirales combinadas, y empezaron a sentirse mejor en vez de sucumbir al virus mortífero. Es de interés que en la literatura popular sobre el VIH, el término que se usa para describir este fenómeno de prepararse para morir y luego experimentar una especie de resurrección, es “el síndrome de Lázaro.”

Esta descripción se origina en la historia bíblica en la que Jesús resucita a un muerto. Jesús demostró su misericordia a Lázaro y a su familia, la cual estaba sufriendo mucha tristeza y pérdida. A pesar de que en la comunidad VIH, no hay grandes cantidades de gente que haya venido a Cristo, se escogió una frase de raíz bíblica para esta nueva fase de vivir con el SIDA. ¿Puede haber algún tipo de reconocimiento subliminal de la gracia y misericordia de Dios en cuanto al desarrollo de estos nuevos medicamentos que ha retrasado la taza de muerte y ha permitido que más personas tengan tiempo para buscar la verdad?

He experimentado el síndrome de Lázaro dos veces. La primera vez fue cuando empecé a tomar el cóctel de inhibidores de proteasa y otras medicinas para el VIH. En esa temporada de 1996, mi sistema inmunológico había comenzado a fallar y empecé el nuevo régimen de medicinas. Sin éstas, mi condición se habría degradado rápidamente al nivel del SIDA. Gracias a esas medicinas pude trabajar hasta 1997. Llegué a creer que tenía un poco más de tiempo y que posiblemente pudiera sobrevivir hasta que se descubriera una cura. De modo que experimenté el síndrome de Lázaro primeramente en la forma de esperanza, y no sólo esperanza en la medicina moderna, sino esperanza en el Señor. Él sabe el número de mis días en la tierra, y yo puedo confiar que no viviré ni un momento más ni menos de lo que me tiene planeado. Es más, estoy aprendiendo que el que creó el universo también me cuida de manera personal e íntima. ¡Puede que yo nunca comprenda ese pensamiento en su plenitud! Sin embargo, la esperanza me lleva a una vida de posibilidades en lugar de la depresión y el pesimismo. Esta esperanza maravillosa da fuerza.

En 1998 experimenté el síndrome de Lázaro por segunda vez. Ya me referí a esto en un capítulo anterior—el golpe triple de pancreatitis, sepsis, y paro cardíaco. Creo que el Señor en su gran compasión intervino para preservar mi vida. Él tendría sus razones; mi tiempo en esta tierra no había de concluirse todavía. Después del período inicial de cele-

bración, gratitud inmensa y alabanza, me quedé con una pregunta persistente, ¿por qué me perdonó la vida el Señor? ¿Por qué permite Dios que algunos mueran y que otros vivan? Se hizo mi meditación constante, ¿por qué, Señor?

Desde luego, había algunas respuestas indiscutibles, tales como: para terminar de criar a mis hijos que tenían la edad para la escuela secundaria; para estar con mi esposo, familia y amigos y para disfrutar el don de la vida—y a menudo le doy gracias a Dios por eso. Sin embargo, tenía la inquietud de que hubiera algo más, y seguía en oración, buscando respuestas durante varios meses.

Mientras tanto, llegué a la conclusión de que como Dios milagrosamente me había concedido tiempo adicional para vivir, el resto de mi vida sería como pan concedido. Era como decimos en inglés un “freebie,” o sea, algo gratis que se le da a alguien inesperadamente. En fin, le he entregado el resto de mi vida a Él. Antes, siempre había pensado en mi vida como mía, pero cuando llegué a comprender el amor de su mano extendida hacia mí, aprendí que podía entregarle mi vida al Señor, confiando que haría lo más apropiado con ella. Él nos sostiene como una gallina que cuida a sus pollitos vulnerables recién salidos.

Muchos meses después de que regresé a la vida (lo cual ocurrió cerca del domingo de Resurrección y mi cumpleaños número 45), el Señor me concedió la respuesta que buscaba durante un tiempo de

oración y estudio bíblico. Leí en el salmo 118:17, “No he de morir; he de vivir para proclamar las maravillas del SEÑOR.” Eso fue una revelación para mí, hermosa en su sencillez. Antes mi idea era que Jesús siempre quisiera que yo trabajase más—más duro, más horas—pero no, ¡simplemente tenía que compartir con los demás cuán maravilloso que es mi Señor y Salvador! ¡Qué fácil es! Todavía me maravillo de que Él no nos eche encima una carga tremenda cuando tememos injustamente que eso es lo que proponga hacernos

Versículo 18 del mismo capítulo dice algo más, “El SEÑOR me ha castigado con dureza, pero no me ha entregado a la muerte.” Dios nos somete a todos nosotros a un proceso de purificación, pero de tantas maneras nos permite disfrutar de las riquezas de la vida mientras estemos en camino. Amen.



LA TENTACIÓN DE SUICIDARSE

Actualmente en nuestra sociedad hay un debate sobre la eutanasia de los mortalmente enfermos. Los filósofos y moralistas han debatido ambos lados del asunto— ¿se debe poder escoger o no el momento de nuestra muerte? Aquellos que creen en el derecho de morir creen que podemos ponerle fin a nuestro sufrimiento en el momento determinado por nosotros. En cambio, los que están en contra creen que esa decisión pertenece sólo a Dios, y que los enfermos, mientras buscan alivio del dolor y varios remedios para obtener consuelo, han de aceptar la muerte tal y como viene.

Aunque nuestra mortalidad sea un tema difícil para discutir con nuestros amigos y familias, es una eventualidad pendiente y de enfoque definitivo para los de nosotros que viven con el VIH ya que todavía no hay cura. Varios de mis amigos VIH positivos han

intentado suicidarse (sin éxito) porque el apretón y miedo de vivir con el VIH era más grande de lo que podían soportar. Yo también, aunque nunca he pensado seriamente en matarme, he tenido pensamientos pasajeros al respecto. Sin embargo, hay dos factores que me animan a aferrarme a la vida.

Primeramente, la ley de Dios nos dice que la vida vale mucho y que no debemos quitar ninguna vida (lo que incluye la nuestra). Dios reserva el derecho de determinar nuestros días como vemos en el salmo 139, versículo 16, “Tus ojos vieron mi cuerpo en gestación: todo estaba ya escrito en tu libro; todos mis días se estaban diseñando, . . .” Ese mensaje cobró vida cuando un miembro de mi congregación que padecía de una condición cardíaca me dijo, “Dios decide si me toca respirar otra vez o no, si mi corazón sigue latiendo o para.”

El segundo factor al cual me aferro es el poder de la voluntad humana para vivir (Dios también ha creado esta voluntad). Mientras yo estaba acostada en el salón de urgencias, débil e incoherente, mi cuerpo luchaba y luchaba para sobrevivir, supuestamente sin la ayuda de mi voluntad consciente. Cuando estaba allí, tuve un sueño de unos guerreros ninja que me perseguían por los cerros del monte procurando matarme. En mi sueño yo corría, daba saltos mortales, vueltas y brincos, corriendo para salvarme la vida. Par mí, ese sueño (¡o pesadilla!) fue una metáfora de la batalla por mi vida. Luego reflexioné sobre ese sueño y medité en que tan fuerte es

mi instinto para vivir. Ya no tengo miedo de morir, aunque tengo miedo del dolor intenso y del sufrimiento físico. Creo que cuando cruce al otro lado entraré en mi descanso celestial, pero de todas maneras mi cuerpo está creado para agarrar la vida que se me ha dado.

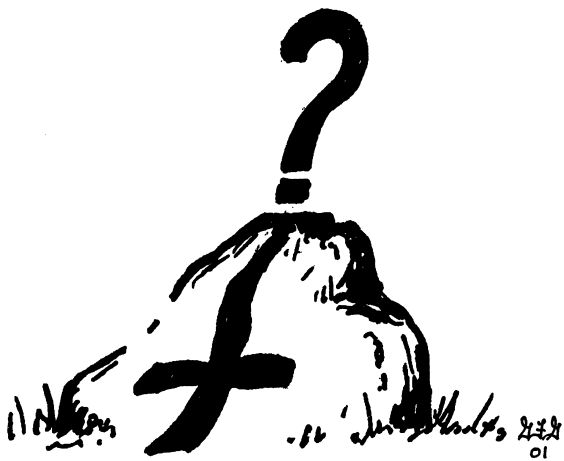
Tal vez parezca que tengamos control sobre nuestras vidas, y efectivamente tenemos control a veces sobre ciertos aspectos: lo que comemos, si hacemos ejercicio o no, si tomamos nuestras medicinas y si evitamos alcohol y drogas ilegales. Más allá de eso, nuestro sentido de control es solamente un antifaz que usamos para convencernos de que todo esté bien. Cualquiera que haya sufrido una tragedia repentina como el diagnóstico de una enfermedad mortal, la pérdida de un ser querido en un choque de automóvil, o el nacimiento de un bebé imposibilitado se dará cuenta de que en realidad no tenemos control sobre nuestras vidas. Si no reconocemos esta verdad, va a ser difícil que depositemos nuestra confianza en Dios, quien está en control, y aceptar su plan para toda la duración de nuestras vidas. A medida que voy aprendiendo a confiar, llego a creer en los tiempos de Dios. Frecuentemente me pregunto, “¿Qué tal si me hubiera suicidado, pensando que mi vida ya se había acabado, y luego se descubrieran las medicinas antiretrovirales contra el VIH/SIDA? En ese caso me habría perdido muchos años buenos, colmados de las bendiciones de estar con mi familia y amigos. ¿Qué pasará si hay una

cura en el futuro y yo puedo resistir hasta entonces? ¿Qué tal si me quedo con vida y tengo la oportunidad de orar por la salvación de alguien en vez de quitarme la vida? Dentro de mis límites humanos podría perderme todo lo que Dios tenía para mí si me quitara la vida. Hasta aquí, he vivido mucho más de lo que me imaginé al principio, me he casado con un hombre maravilloso, y he visto a mis hijos completar su carrera universitaria. Estas son cosas que no habría podido imaginarme en 1988. Miro adelante con entusiasmo para desenvolver el regalo que se me ha dado.

Durante mis años de consejera, me encontraba muchas veces con clientes que estaban muy deprimidos y sentían el deseo de suicidarse. Pero la depresión es tan mentirosa como el mismo Satanás. La depresión nos dice que la vida no vale la pena. Es algo semejante a viajar por un túnel interminable debajo de una montaña por tren. Parece que nunca vamos a ver la luz del día, pero tarde o temprano la vemos. Un compañero constante del VIH/SIDA es la depresión. No importa que sea de fuente biológica, ambiental o una mezcla de ambas, necesita nuestra atención, y a veces, ayuda profesional también. La gente VIH+ que se siente deprimida, irritable, excesivamente triste, o desesperado debe discutir estos síntomas con su médico o consejero profesional. A la otra orilla del túnel hay una luz.

Como yo he experimentado tantas sorpresas en mi vida, y he visto milagros pequeños y grandes de

varios tipos de sanidad, me fío en Dios porque sé que me dará cada uno de los días que me corresponde, y ni un momento menos.



¿POR QUÉ YO?

Una pregunta inquietante que nos molesta a muchos de nosotros que sufrimos aflicciones es, ¿por qué yo? Yo le hice la misma pregunta al Señor. ¿Por qué contraje el VIH cuando no hacía cosas malas como tomar drogas intravenosas o participar en sexo ilícito? Yo era cristiana cuando me diagnosticaron con el VIH. ¿Por qué permitiría Dios que su hija se contagiara con una enfermedad tan horrible? Me he hecho estas preguntas y muchas semejantes juntamente con aquellos que sufren como yo.

Este tipo de cuestionar se ha hecho desde la creación de la humanidad. Casi escucho a Adán cuando decía, ¿Señor, por qué yo, la mujer me dio la manzana para comer? Entonces Eva podría haber agregado, ¿Pero Señor, por qué yo, cuando fue la serpiente que me engañó? Nuestra naturaleza humana prefiere quedarse exenta del dolor y agitación

porque queremos una vida fácil, predecible y libre de dolor. Sin embargo, la vida no siempre coopera.

Una película agri dulce que se titula, Mr. Holland´s Opus (La obra del Sr. Holland), relata la historia de un músico que tiene aspiraciones de escribir una sinfonía, pero cuyas metas resultan frustradas por las casualidades de la vida. En una gira irónica que intensifica el insulto; este hombre, a quien le gusta tanto la música, tiene un hijo sordo. Mientras Mr. Holland lucha para conseguir un sentir de propósito y victoria en su vida y lamenta sus pérdidas, llega a reconciliarse con los reveses que la vida le ha dado. En una escena tierna usando la lengua de señas, él “canta” en dedicación a su hijo. Se trata de una canción de John Lennon que dice, “la vida es lo que te pasa mientras haces otros planes.” Parece haber mucha verdad en ese verso.

Aquellos de nosotros que han sido empujados fuera del camino que se dirigía hacia nuestros sueños no podemos menos que sentir enojo, frustración y de vez en cuando amargura. Reclamamos a Dios, “¿por qué?, ¿Por qué ahora cuando apenas me hice cristiano?, ¿Por qué ahora cuando acabo de encontrar el camino derecho?, ¿Por qué ahora cuando acabo de casarme?, ¿Por qué ahora cuando acabo de tener un bebé? . . .” y así va el rollo.

Por fortuna las Escrituras nos ayudan a llegar a entender estas cosas hasta cierto punto mientras aceptamos el misterio de los caminos de Dios. En primer lugar, sabemos que vivimos en un mundo

caído e imperfecto. La Biblia dice, “Él hace que salga el sol sobre malos y buenos, y que llueva sobre justos e injustos” (Mateo 5:45b). El dilema de la vida es que a la gente buena tampoco sale ilesa de las desgracias. La otra parte de este embrollo es que aun la “gente buena” peca y no alcanza la meta de la voluntad de Dios, y sin el Señor, “Todos somos como gente impura; todos nuestros actos de justicia son como trapos de inmundicia. . . . (Isaías 64:6a).

Pero aun tomando en cuenta este entendimiento ganado, todavía no tenemos la respuesta a la pregunta, ¿por qué? De hecho, Job le pregunta a Dios lo mismo y recibe la siguiente respuesta, “¿Dónde estabas cuando puse las bases de la tierra? ¡Dímelo, si de veras sabes tanto!” (Job 38:4). En otras palabras no somos capaces de penetrar todos los misterios de nuestras vidas. No podemos siempre comprender a un Dios que es infinito y perfecto. Es Él quien ha creado el universo y a veces sus caminos no son los nuestros. Estoy aprendiendo a estar “cómodamente incómoda” con la presencia de misterio en mi vida. Ni puedo ni podré jamás conseguir las respuestas para cada pregunta que tenga. Sin embargo, confío en Dios y sé que me ama y que puedo descansar en ese conocimiento aunque sufra.

En segundo lugar, Jesús nos da perspicacia para tratar la pregunta, “¿por qué?, en la historia del hombre que nació ciego: “A su paso, Jesús vio a un hombre que era ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: --Rabí, para que este hombre haya nacido

ciego, ¿Quién pecó, él o sus padres?” (Juan 9:1-2). He aquí una versión de la pregunta de “por qué.” En otras palabras, ¿por qué sufría este señor aflicción? ¿Qué mal había hecho él o sus padres para merecer esto? Jesús respondió, “Ni él pecó, ni sus padres” (V. 3a). Éste era un buen hombre quien sufría de todos modos. No hizo nada para merecerlo. Por lo tanto podemos concluir que Dios no está castigando al nuevo cristiano que se ha arrepentido de sus pecados. Un hombre que ha renunciado la homosexualidad no está siendo castigado. Sí, puede ser la consecuencia del pecado, pero el VIH cae en los inocentes, los perdonados y los pecadores—nuestra vida entera típicamente abarca las tres condiciones.

Más adelante en el relato, Jesús arroja luz sobre la pregunta “por qué” en una manera hermosa: “. . . esto sucedió para que la obra de Dios se hiciera evidente en su vida” (V. 3b). Sanó al hombre para que éste y otras personas pudieran presenciar el don sublime de Jesucristo—su amor, su compasión, su poder y su fuerza.

Cuando quiero preguntarme por qué, recuerdo los muchos milagros que Dios ha llevado a cabo en mi vida. Pienso en su amor asombroso. Estoy tan chorreada de agradecimiento por lo que Dios ha hecho y sigue haciendo. Si su propio Hijo no evitó la cruz, ¿por qué no debo aceptar el sufrimiento que el Señor ha permitido en mi vida? Ahora cuando pienso, “¿por qué yo?”, me humillo ante Dios y pregunto, “¿por qué no yo?”

POSDATA

Mi vida ha cambiado muchísimo desde que oí esas palabras irrevocables, “Usted es VIH positiva,” en 1988. He tenido que renunciar a mi sentido falso de autosuficiencia y aprender a apoyarme en Dios. ¡Y qué Dios más poderoso es! Él me ha llevado a través de tormentas de dolor y pena emocional, enfermedad debilitadora y crisis espiritual. Me ha otorgado una vida nueva que deseo vivir cada vez más según su criterio—y menos según el mío.

A igual que el Apóstol Pablo, estoy aprendiendo a estar contenta en las circunstancias de la vida. . . “Cristo será exaltado en mi cuerpo. Porque para mí el vivir es Cristo y el morir es ganancia” (Filipenses 1:20b-21). El Señor ha reemplazado mi inquietud con tranquilidad. Camino con la convicción de que Él me lleva en un viaje que me ha tenido planeado y que ya no tengo que tratar de manejar desde el

asiento trasero. No quiero dar la impresión de que he aprendido todas estas lecciones al pie de la letra. Desgraciadamente, tengo que volver a aprenderlas continuamente. Sin embargo, puedo echar una mirada atrás y ver como Él me ha pastoreado y ha ejercido su mayordomía en mi vida de manera sólida y fidedigna. No puedo hacer nada mejor que vivir así. Mis días son menos tensos, mis temores menos abrumadores, y mi vida es excitante mientras voy al encuentro de lo que me espera a la vuelta de la esquina. Gozo de la vida a pesar de que sufra desafíos para mi salud porque sé que Dios es bueno y nos bendice. Él nos ama y alimenta como un buen padre que vigila por nuestros intereses y nunca nos fallará.